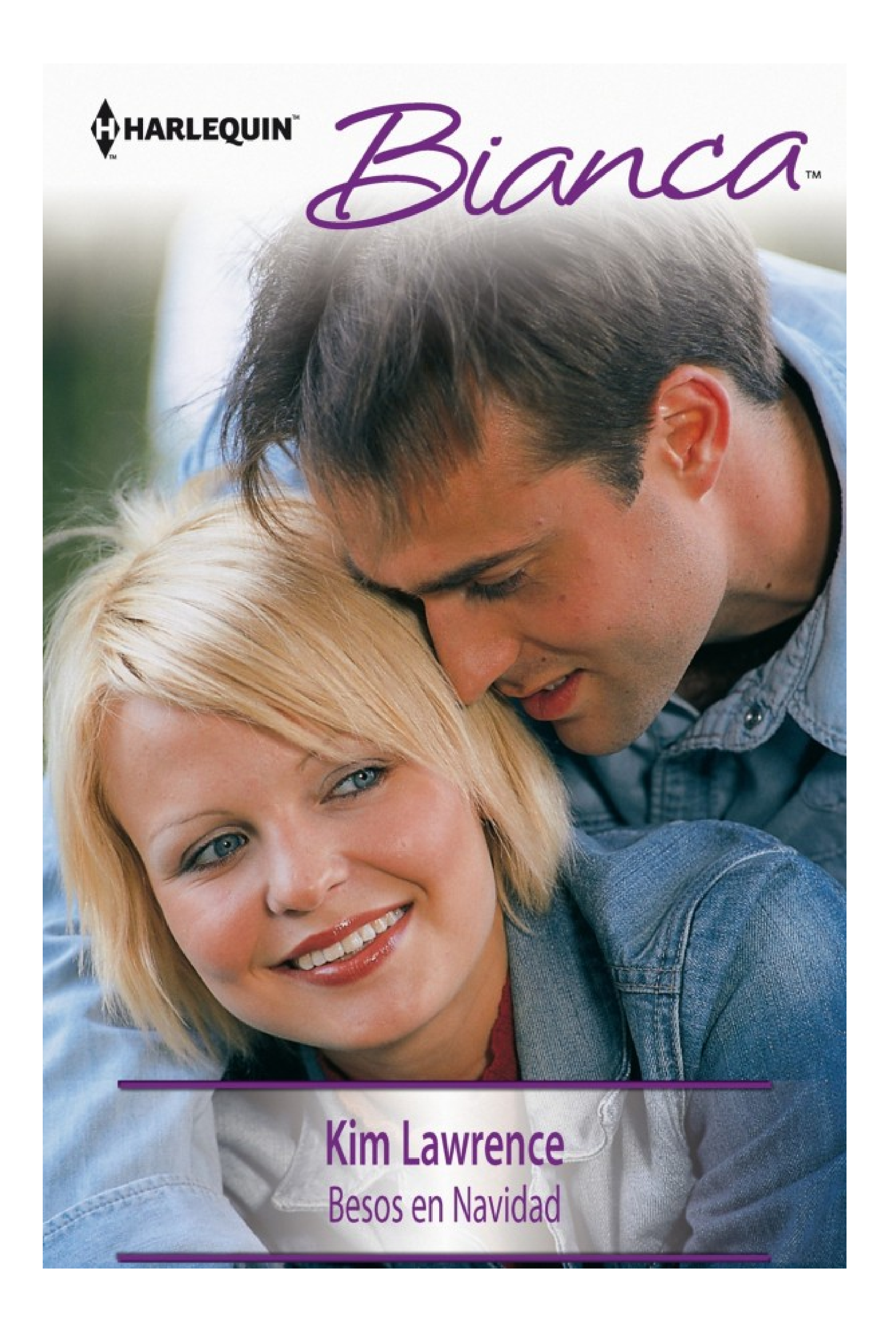

HARLEQUIN
Bianca
Kim Lawrence
Besos en Navidad

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Besos en Navidad, n.º 1368 - junio 2015
Título original: The Playboy's Mistress
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-6253-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Darcy se puso unas zapatillas y caminó hacia el teléfono por el tranquilo apartamento. Acababa de darse un buen baño caliente y se alegraba de tener la casa para ella sola. Jennifer era una gran compañera de piso, pero ponía muy alta la música y por otra parte no compartían gustos.

Descolgó el auricular, se apretó la toalla que llevaba alrededor del cuerpo y esperó a que contestaran. Estaba a punto de colgar cuando Jack Alexander respondió.

–Hola, papá. ¿Está mamá por ahí? –preguntó.

–Me temo que no puedes hablar con ella, Darcy. Tu madre... No está aquí.

A Darcy no la sorprendió en absoluto que su hiperactiva madre no se encontrara en casa; era una mujer muy activa y participaba en más comités y organizaciones de las que podía recordar. Pero el tono de pánico en la voz de padrastro, un hombre por lo general muy flemático, la asustó.

Su buen humor desapareció de inmediato. No era adivina, pero conocía bien a Jack y en aquel momento supo que había pasado algo malo.

A pesar de todo, prefirió no creerlo y preguntó, con normalidad fingida:

–¿De qué se trata esta noche? ¿De un concierto de villancicos, o del comité para arreglar el tejado de la iglesia?

Sabía que Jack se lo diría en su momento. No era hombre que se dejara apresurar, y al pensar en él, sonrió. Lo quería sinceramente.

Darcy tenía cinco años y su hermano mayor, Nick, siete, cuando Jack entró en sus vidas. Un par de años más tarde llegó Clare, y luego, para sorpresa de todos, los gemelos. Los Alexander eran una familia muy unida.

–Ninguna de las dos cosas –respondió él.

Esta vez, Darcy se preocupó de verdad. Un hombre tan sólido, que había sido capaz de ayudar a traer al mundo a su nieto en el

asiento trasero de un todoterreno, sin sudar siquiera, estaba a punto de llorar.

–¿Qué ocurre, papá?

–Es tu madre...

Cada vez estaba más nerviosa. Varias ideas cada cual más terrible le pasaron por la cabeza.

–¿Está enferma?

–No, no es nada eso. Ella...

–¿Sí?

–Se ha marchado.

–¿Marchado?

–Se ha marchado a pasar las navidades a Cornwall.

–¡Pero si está al otro extremo del país!

A pesar de la protesta, Darcy sabía de sobra que carecía de importancia adónde fuera su madre. Lo importante era cómo y por qué. Pasara lo que pasara en su vida, siempre había tenido una madre sólida y fiable en quien confiar, pero aquello no tenía sentido. Era impropio de ella.

–Igual daría que se marchara al final de la calle. Ni siquiera tendrá teléfono. Y yo no sé qué voy a hacer... Todo el mundo pregunta por ella. Estaba haciendo los trajes para la obra de Navidad del colegio, y en una de sus asociaciones esperan doscientas tartas para el jueves. ¿Sabes hacer tartas, Darcy? –preguntó, desesperado.

–Creo que tenemos problemas más importantes que las tartas. ¿Tienes idea de por qué quiere marcharse, papá? ¿Os habéis peleado?

–No, nada de eso. Últimamente estaba muy callada, pero no sé... tal vez tengas razón y sea culpa mía.

–¡Tonterías! –protestó.

Darcy era totalmente sincera. Jack Alexander era una gran persona y ella misma habría dado cualquier cosa por conocer a un hombre como él.

–Puede que necesite estar sola un tiempo. Quién sabe. ¿Pero qué voy a hacer? –volvió a preguntar, presa del pánico–. Sam, Beth y los niños llegan el viernes y ya es demasiado tarde para decirles que no vengan.

–No hagas eso, por favor.

Beth era hija de Jack, pero de su primer matrimonio, y Darcy no podía verla muy a menudo porque se había marchado a vivir a Estados Unidos con su familia.

–Además, Nick llamó para decir que llegará a finales de semana. Y Clare dijo que aparecería en cualquier momento.

Darcy sonrió. Aquel comportamiento era típico de Clare. Nunca se comprometía con las fechas.

–Por si fuera poco, también estoy esperando a tu abuela –continuó él–. ¿Te imaginas lo que va a decir cuando lo sepa? Y eso sin contar que esperamos quince personas para la cena de Navidad, la mayoría de las cuales son completamente desconocidas para mí.

–Tranquilízate –dijo Darcy–. Si salgo ahora de casa estaré allí antes de... Supongo que no hay mucho tráfico a estas horas de la noche, ¿verdad?

–Pero Darcy, estás de vacaciones y sé que llevabas esperándolas mucho tiempo.

Darcy pensó en las montañas nevadas donde pensaba esquiar y en el atractivo hombre que había visto minutos antes. Pero la familia era lo primero.

–Bueno, con la suerte que tengo, seguramente habría regresado con varias costillas rotas.

Darcy se preguntó si su seguro cubriría casos de crisis familiares provocadas por una madre en crisis existencial. Pero supuso que no.

–No puedes cancelar las vacaciones. Llevas todo el año esperándolas. Además no tiene sentido que seas tú. ¿No sería más lógico que se encargara Clare? –preguntó Jennifer, sentada en la cama de Darcy.

Darcy sonrió mientras sacaba la ropa de esquí de su maleta y la cambiaba por prendas más adecuadas para pasar las navidades en un remoto rincón de Yorkshire Dales.

–No creo que los asuntos domésticos sean el fuerte de Clare –dijo Darcy, con ironía.

Clare, su hermosa, creativa y algo mimada hermanastra tenía un corazón de oro, pero cada vez que se rompía una uña necesitaba ir a terapia.

–¿Y sí lo son para ti?

–Tendré que aprender, ¿no te parece?

Jennifer suspiró al comprender que no conseguiría convencer a su amiga.

–Creo que estás cometiendo una estupidez.

–No sería nada nuevo.

Jennifer la miró con seriedad y dijo, enfadada:

–Eso no fue culpa tuya.

–Ya. Cuéntaselo a la esposa de Michael y a sus hijos.

Reece Erskine no pensaba arriesgarse aquel año. Estaba decidido a perderse en la espesura de Yorkshire hasta que acabaran la temporada de vacaciones. No le gustaban nada las navidades y no entendía que hubiera gente que casi lo considerara un delito. Se negaba a participar en unas semanas ilógicas que terminaban en varios días de atracones de comida con personas que evitaba el resto del año.

No quería que se repitiera el desastre del año anterior, cuando su amante de aquella época apareció en su hotel con una botella de champán y vestida de un modo realmente sexy, así que se dijo que tendría cuidado para no dejar pistas. Desde luego, había demostrado ser una mujer muy tenaz. Pero se había vengado de él y había vendido la historia de su aventura amorosa a un tabloide.

De todas formas, nunca habría aceptado la hospitalidad de Greg de haber sabido que la renovación de su casa victoriana acababa de empezar. La mansión era un verdadero desastre, pero ya no tenía remedio, así que tomó su sacó de dormir, salió al jardín y caminó hacia un arroyo. En el exterior hacía tanto frío como en el interior de la casa.

Echó un vistazo a su alrededor. Aquel lugar era horrible. Gris y húmedo. No entendía que a algunas personas les gustara. Pero entonces oyó algo que parecía ser una voz humana y su mal humor empeoró aún más. Greg le había jurado por la tumba de su abuela que no vería a un ser humano en los alrededores aunque lo intentara. Además, Reece tenía la impresión de que a la gente de aquella zona no le gustaban los forasteros.

Avanzó hacia el lugar de donde procedía la voz, dispuesto a librarse del intruso. Enseguida descubrió que se encontraba cerca,

en el límite de la propiedad, y sonrió al darse cuenta de que fuera quien fuese estaba cantando una vieja canción muy apropiada para las navidades.

Como no podía ver de quién se trataba por culpa del seto que separaba las dos propiedades, se subió a una rama baja de un roble. Miró y vio lo que parecía ser el jardín de la mansión de piedra gris que se alzaba poco antes de llegar a la casa de Greg.

En verano, la casita pintada de verde era un lugar mágico, cubierto de rosas. De pequeña, Darcy siempre soñaba que encontraría allí a su príncipe azul, pero solo pasaba los veranos en aquel lugar, así que sus relaciones eran siempre estacionales. Además, el invierno convertía la zona en un sitio frío y desagradable, más adecuado para soñar con fantasmas y demonios que con otra cosa.

Mientras cantaba, pensó que su voz seguía tan mala como de costumbre y se dijo:

–No podré hacerlo.

Pensó que el nuevo cura era un hombre peligroso. La había presionado para que cantara en el concierto de Navidad y no había podido librarse de él, a pesar de que tenía pánico a actuar en público. Intentó tranquilizarse y se dijo que no tenía importancia. Pero la aterraba la idea de hacer el ridículo delante de sus amigos.

Entonces, oyó un ruido seco y se sobresaltó al ver que una rama del roble, seguida por un hombre, caía a su lado. Al caer, la rama había golpeado el techo de la casita del jardín y destrozado algunas tejas, pero en ese momento solo se preocupó por el estado del desconocido.

Se arrodilló a su lado e intentó recordar sus clases de primeros auxilios, pero no recordaba nada.

–Por favor, no te mueras –murmuró, mientras intentaba tomarle el pulso.

Darcy se relajó al comprobar que su corazón latía, y segundos después, Reece se incorporó para encontrarse ante la fuente del sonido que había oído poco antes.

–Lo intentaré –dijo él.

–Me alojo en la casa. Quédate aquí e iré a buscar ayuda...

Darcy se quedó helada al sentir que el desconocido la agarraba por una muñeca.

–No lo hagas. Anda, ayúdame a levantarme.

La mujer se inclinó y pasó un brazo por debajo de sus hombros para intentar ayudarlo, pero no era fácil. El alto y moreno desconocido tenía un cuerpo musculoso y no podía agarrarlo por ningún sitio.

–Ay...

–¿Te he hecho daño? –preguntó ella.

–No, no ha sido culpa tuya... Creo que me he hecho daño en un hombro.

Reece estaba de muy mal humor. Había hecho el ridículo y sabía que era responsabilidad exclusivamente suya.

Darcy lo miró y pensó que era un hombre muy atractivo. En realidad, resultaba impresionante. Tenía una mandíbula cuadrada, pómulos altos, boca grande y firme, pelo oscuro, nariz recta y unos ojos verdes preciosos, con grandes pestañas. Casi resultaba demasiado atractivo.

–Llevo un teléfono móvil en un bolsillo –dijo él–. ¿Podrías sacármelo?

Mareado por el golpe, Reece la había tomado por un chico, pero ella no se había dado cuenta todavía. Darcy se había puesto aquella mañana una gran parka amarilla que ocultaba todas sus curvas y como llevaba puesta la capucha, él no había caído en su error. Al ver que lo miraba como si hubiera dicho algo terrible, añadió:

–Te aseguro que soy bastante inofensivo...

Darcy estuvo a punto de reír, pero respiró profundamente y se dispuso a sacar el teléfono. Sin embargo, la idea la incomodaba y no sabía por qué. En general era una mujer muy cariñosa y tenía que controlarse bastante, sobre todo con los hombres, para que no malinterpretaran su contacto.

–Está en el bolsillo interior.

Muy nerviosa, intentó no prestar atención a su masculino aroma ni al súbito calor que la dominó. Era la primera vez que estaba tan cerca de un hombre desde su relación con Michael y se sintió muy aliviada cuando sacó el teléfono. Estaba roto.

–Has debido de caer sobre él.

–Brillante deducción...

Darcy se ruborizó y se dijo que él no era quién para burlarse de ella. A fin de cuentas se había subido a un árbol y se había caído. Solo entonces, se preguntó por qué se habría subido a aquella rama.

–¿Están tus padres por aquí, chico? –preguntó él.

Aquello la dejó asombrada. Ciertamente no se había maquillado y la prenda que llevaba no era precisamente femenina, pero hasta entonces nadie la había tomado por un chico.

Apretó los labios e intentó decidir si debía enfadarse o tomárselo con humor. Y optó por la segunda opción. Había crecido con tres hermanos y sabía desde pequeña que reír de uno mismo era la mejor forma de adelantarse a que otros lo hicieran.

Además, la situación no le resultó del todo desagradable. Siempre se había quejado de que muchos hombres la trataban como a un simple objeto sexual y en ese momento tenía una ocasión perfecta para que alguien no lo hiciera.

–Mi padre está en casa –dijo, incapaz de resistirse a la tentación de jugar con él–. ¿Crees que podrás llegar?

–Si no lo consigo, serás el primero en saberlo.

–Pero tienes sangre en la cabeza...

–No es nada.

Darcy se encogió de hombros y se dijo que si quería hacerse el macho, no era asunto suyo.

Sus tres hermanos estaban en la cocina, con Jack.

–¿Qué ha pasado? –preguntó su padrastro, al ver que tenía la ropa manchada de sangre.

–No te preocupes, no es mía –dijo Darcy–. Es suya. Una rama del roble que hay en el límite de la propiedad se ha caído.

–Le dije al agente inmobiliario que vendió esa casa que la rama estaba a punto de caerse, pero ya veo que no se lo ha dicho a sus nuevos dueños. ¿Tú estás bien, Darcy? ¿Te has hecho daño?

–No, estoy perfectamente.

–¿Y usted, señor...?

El desconocido, que parecía muy mareado, se apoyó en la pared y cerró los ojos. Jack miró a Darcy y ella se encogió de hombros.

–A mí no me mires. No sé cómo se llama.

–¿Estabas con un hombre y no sabes cómo se llama? –preguntó

Nick, mirando al desconocido con hostilidad–. ¿Qué estabas haciendo?

–Nada –respondió Darcy, antes de dirigirse al desconocido–. Deberías sentarte. No tienes buen aspecto.

–Prefiero estar de pie un rato...

Darcy intentó obligarlo a sentarse, pero era mucho más fuerte que ella.

–Harry, Charlie, ¿podéis echarme una mano? –preguntó a sus hermanos más pequeños.

Los gemelos negaron con la cabeza.

–Nos gustaría, pero... –comenzó a decir Harry.

–Tiene sangre –concluyó Charlie.

–¡Sois un par de inútiles!

–Es cierto –rio Charlie.

–Puede que sea uno de los albañiles que están trabajando en la casa –dijo Harry.

–No lo creo. Están de vacaciones –observó su hermano gemelo–. Además, no parece un albañil. Es obvio que tiene dinero.

Darcy pensó que Charlie tenía razón, aunque el desconocido parecía perfectamente capaz de realizar grandes esfuerzos físicos. Era de anchos hombros y pecho, y poseía un cuerpo tan duro como delgado.

–Puede que sea el nuevo dueño de la mansión –dijo Harry.

Reece miró a su alrededor. Estaba muy mareado, pero pudo ver a cuatro personas, incluida Darcy, a quien seguía tomando por un chico.

–Charlie, ve a buscar el botiquín –dijo Darcy.

–No sé dónde está.

–En el armario del cuarto de baño. Y tú, Harry, saca a los perros de aquí.

Harry obedeció y sacó a los dos perros de la cocina.

Reece se encontraba totalmente desorientado y perdió el hilo de la conversación que mantenían. Cuando volvió a recuperarlo, vio que la persona que había oído cantar estaba discutiendo con un hombre de pelo oscuro, de aproximadamente su edad.

–¿Y cómo voy a saber qué hacía en aquel árbol? Tal vez estuviera podándolo.

Reece decidió presentarse, aunque le desagradaba la idea de

perder su anonimato.

–Disculpadme. Soy Reece Erskine...

Nadie pareció reconocerlo y Reece sonrió al pensar que no era tan conocido como creía.

–No quiero causaros molestias. Si me permitierais llamar por teléfono...

Los presentes lo miraron con benevolencia, pero obviamente no estaban dispuestos a hacerle ningún caso. Aquello lo disgustó. No estaba acostumbrado a que la gente le llevara la contraria.

–Tal vez deberíamos llamar a una ambulancia –dijo Jack.

–¿Ha llegado a perder el conocimiento? –preguntó Nick.

–No lo sé –respondió Darcy.

–No, no lo he perdido –dijo Reece.

–Deberíamos llevarlo nosotros mismos al ambulatorio –dijo Darcy.

En aquel momento regreso Charlie, con las manos vacías, y dijo:

–No puedo encontrar el botiquín.

–¿Es que tengo que hacerlo todo yo? –preguntó Darcy, desesperada.

Darcy se dirigió hacia las escaleras y subió los escalones de dos en dos. El botiquín estaba exactamente donde le había dicho a su hermano.

Lo recogió, se quitó la parka que llevaba, se soltó la coleta con la que se había recogido el cabello y guardó la goma en uno de sus bolsillos antes de volver a bajar.

Darcy se inclinó hacia la silla en la que por fin se había sentado Reece y dijo:

–Le limpiaré primero la herida de la cabeza. Pero creo que se ha hecho daño en un clavícula.

Reece miró a la recién llegada y pensó que era bastante más agradable que los hombres del lugar. Tenía unas manos preciosas, casi tan bonitas como su cara.

–Sé lo mucho que duelen esas cosas porque yo me rompí la clavícula hace tiempo –continuó ella–. Te dolerá menos si la presiono un poco, pero si me equivoco, grita.

–Lo haré.

Reece miró a la mujer de ojos azules y tuvo la impresión de que la había visto en alguna parte.

–Nuestra Darcy es una gran enfermera –dijo Jack.

–Supongo que querrán hacerte una radiografía en el hospital.

En aquel momento, Reece lo supo. Aquella mujer rubia y maravillosamente femenina era la persona que estaba cantando, la persona que había tomado por un chico.

–Eres una chica... –dijo.

Jack lo miró con gran preocupación y afirmó:

–Tal vez deberíamos llamar a esa ambulancia.

–Sí, soy una mujer –dijo ella, sonriendo–. Me llamo Darcy.

–Yo me llamo Reece –declaró él, algo avergonzado.

–El señor Erskine me había tomado por un joven –explicó ella a su familia.

Tras unos segundos de silencio, todos empezaron a reír, empezando por los gemelos y terminando por el propio Jack.

–Vaya, eso sí que es nuevo –rio Nick.

Reece intentó sonreír, por no hacer más el ridículo.

–Yo no me reiría tanto –dijo Darcy–. ¿No fuiste tú quien dejaste el asiento de un tren a una mujer, pensando que estaba embarazada, y solo estaba gorda?

–No me lo recuerdes –protestó Nick.

Reece miró con más detenimiento a la mujer y pensó que debía de haberse dado un buen golpe en la cabeza. De lo contrario, no tenía sentido que la hubiera confundido con un chico. Sus ajustados vaqueros dejaban ver unas y unas caderas preciosas, con una cintura increíblemente estrecha.

–Lo llevaré al hospital.

–No, Darcy, lo haré yo –dijo Nick.

–No –insistió Darcy–, tú acabas de llegar de un largo viaje en coche. Iré yo. Si es que ayer echaste gasolina después de usarlo, claro.

El adolescente de diecisiete años la miró ofendido. Obviamente, Darcy pensaba que se había gastado en otra cosa las veinte libras que le había dado para gasolina.

–No hace falta que me llevéis a ninguna parte –intervino Reece–. No quiero molestar más.

La rubia lo miró y sonrió, como si su intento por recobrar la

dignidad le pareciera divertido.

–Ya nos has molestado, así que ahora no tienes más remedio que obedecer.

Capítulo 2

Reece intentó acomodarse en el asiento delantero del pequeño y desvencijado utilitario. Acostumbrado a vehículos lujosos, apretó los dientes e intentó no pensar en ello. La tapicería estaba rota y una de las ventanillas no cerraba bien.

–Estaré contigo en un momento –dijo la rubia a través de la ventanilla.

Reece la observó. Se había quitado la parka amarilla y se había puesto un abrigo largo, mucho más femenino. Corrió hacia su hermano mayor, que a Reece le había parecido la única persona con sentido común de aquella familia porque era el único que obviamente desconfiaba de él.

–Dame las llaves, Darcy.

–No seas estúpido, Nicky, estás cansado.

–¿Y tú no? Además, podría ser un psicópata asesino, o un maníaco sexual. Estoy seguro de haber visto su cara en alguna parte. Erskine... ¿No te resulta familiar? Hablo en serio, Darcy, no te rías. Eres demasiado confiada.

Reece se inclinó un poco hacia la ventanilla abierta para oír mejor la conversación, pero entonces se acercó un gran perro y lo lamió amistosamente en la frente.

–¿Lo ves? Le ha gustado a Wally. Te preocupas demasiado –dijo ella.

Reece supuso que la aprobación canina había servido de algo, porque segundos después la rubia regresó hacia el coche, acarició al animal y dijo:

–No, Wally, no puedes venir conmigo.

Darcy entró en el vehículo y durante unos momentos fue incapaz de apartar su mirada de aquellos ojos. Eran mágicos y su corazón se aceleró. Pero al menos se sintió aliviada al observar que había desaparecido la expresión de lejanía y mareo que habían tenido antes.

–Siento haber tardado tanto.

–No estoy en posición de protestar –intentó bromear Reece–. ¿Cómo te llamabas? No me acuerdo.

–Darcy.

–Ah, sí, Darcy. Estoy en deuda contigo, Darcy.

–No te preocupes, no llevo cuentas de las deudas.

El hombre se comportaba de un modo extrañamente frío para la situación, pero Darcy supuso que era consecuencia del golpe que se había dado.

–Imagino que acabas de llegar a esta zona, ¿verdad?

Esta vez no pudo hacer caso omiso de su evidente frialdad. Hablaba de un modo muy poco amable.

–¿Tan extraño te parece?

–Tan extraño como encontrar un político honrado.

Reece notó que en algún momento ella se las había arreglado para pintarse los labios de rojo, y tenía una boca muy sensual. A pesar del dolor que sentía, deseó besarla y se sintió incómodo.

–Parece que tu ironía ha sobrevivido al accidente. Felicidades.

–Lo dices con desaprobación...

Darcy se encogió de hombros, pero no dijo nada.

–Discúlpame –continuó él–. Estoy acostumbrado a observar que nadie hace nada a cambio de nada.

–Pues te aseguro que yo no tengo motivos ocultos para ayudarte.

Reece permaneció en silencio y se limitó a arquear una ceja. Pero aquello fue suficiente. Aquel hombre lo decía todo con un solo gesto y Darcy supo que no la había creído en absoluto.

A medida que avanzaban por la carretera, la animosidad de Darcy hacía Reece iba creciendo. Su desaprobación era tan obvia que él podía sentirla de un modo casi físico. No había nada de ambigüedad en ella. Resultaba tan real como su perfume, ligero y vagamente inquietante, aunque mucho mejor que el olor a perro que procedía de la manta que había en el asiento posterior del vehículo.

Entonces, el motor comenzó a hacer ruidos extraños.

–No le gusta la lluvia –dijo ella.

–¿A quién no le gusta la lluvia?

–Al coche. A veces es un poco temperamental, pero llegaremos al hospital en poco tiempo.

–Me alegro.

Darcy pensó que Reece era un hombre desagradable e irritante. Sin embargo, se había dado un buen golpe y hasta cabía la posibilidad de que tuviera alguna herida grave. La asustaba la idea de que perdiera el conocimiento y entrara en coma si se había fracturado el cráneo, así que decidió hablar para mantenerlo despierto.

–¿Qué te ha traído a esta parte del mundo? –preguntó.

–La soledad.

–No me digas que vas a pasar las navidades en esa mansión...

El desconocido no era precisamente muy charlatán y daba muy poca información sobre sí mismo. Pero Darcy ya había llegado a la conclusión de que estaba alojado en la semiderruida mansión.

Reece intentó acomodarse en el interior del vehículo. Era muy pequeño y no le cabían las piernas, así que se le había quedado dormido un pie. Al intentar moverlo, frotó sin querer la pierna izquierda de Darcy, que enseguida se estremeció con algo muy parecido al deseo.

Confundida por su reacción, estuvo a punto de atropellar a un gato que en aquel momento cruzaba la carretera.

–Maldita sea. Ha estado cerca...

Al frenar, Reece había estado a punto de pegarse un golpe contra el parabrisas. Pero, por fortuna, llevaba puesto el cinturón de seguridad.

–¿Te encuentras bien? –preguntó ella.

–Sí, estoy bien –espetó.

–Es obvio que no lo estás. ¿Quieres que detenga el coche?

–No, solo me duele el hombro. Pero cambiando de tema, ¿por qué crees que no debo quedarme en esa casa?

–Bueno, al margen de tus heridas y de que es un sitio inhabitable...

–A mí me parece muy bonito.

–Pero estamos en Navidad.

–¿Y qué?

–Se supone que es época para estar con gente que te quiera, no para estar solo en esa mansión.

–No me gustan las navidades.

–¿Siempre eres tan seco?

–Sí, mejora mi imagen –respondió.

–Desde luego no tienes ningún espíritu navideño.

–Para mí, las navidades son como cualquier otra época del año, Darcy.

–Pero...

–Solo hay algo diferente –la interrumpió–. La gente se comporta en Navidad de forma excepcionalmente hipócrita.

–Entonces, ¿no celebras la Navidad? ¿Y qué hay de tu familia?

–No tengo familia –mintió.

–Oh, vaya, lo siento. Pero incluso alguien como tú debe de tener muchos amigos.

–¿Estás intentando coquetear conmigo? –preguntó él de repente.

–¿Por qué iba a hacer algo así? –preguntó a su vez.

–No sé. Tal vez en una vida pasada mantuvimos una relación...

–Ahora que lo pienso, es posible que no tengas ningún amigo –dijo con ironía.

–Te equivocas. Tengo amigos. Pero de la clase de personas que respetan mi vida privada. Aunque parece que no lo entiendes, lo único que pasa es que no me gustan las navidades.

–De todas formas, la idea de que vivas en esa vieja mansión se me hace extraña. Su estado no es muy bueno.

Darcy estaba en lo cierto. Cada vez que Reece pensaba en los destartalados muros, se estremecía. Y no era la única cosa que lo disgustaba del lugar.

–Depende de a lo que se esté acostumbrado.

Darcy lo miró y pensó que tenía aspecto de estar acostumbrado a llevar una vida de lujos. Además, también parecía ser un hombre acostumbrado a salirse con la suya en cualquier circunstancia. No entendía que hubiera decidido pasar las navidades, solo, en un lugar como ese. A menos que se estuviera ocultando o huyendo de algo.

Pensó que Nick podía estar en lo cierto. Cabía la posibilidad de que fuera un maníaco sexual o algo así, pero en tal caso era un maníaco muy extraño: la había confundido con un chico.

Intentó no pensar en él. Se sentía atraída hacia Reece, pero era obvio que él no sentía lo mismo y por otra parte no iban a mantener ningún tipo de relación, así que no quería dejarse llevar por su curiosidad.

–Bueno, no sé qué aspecto tendrá la vieja mansión ahora, pero...

Reece no estaba acostumbrado a dar explicaciones de sus actos. Sin embargo, se dijo que sería mejor que diera alguna información, aunque solo fuera para que dejara de interesarse por ello.

–Me sorprendes –dijo con ironía–. Pensaba que la gente del lugar sabía todo lo que pasaba por los alrededores.

–Yo no vivo aquí. Solo he venido a pasar las vacaciones y no estoy informada de esas cosas.

–Comprendo.

–Por cierto, yo que tú no insinuaría que la gente de este lugar se dedica a cotillear la vida de los demás. Si no recuerdo mal, me estabas espiando desde la rama de ese árbol.

–No estaba espiando.

–Sí, claro, eso dicen todos –dijo, con una sonrisa provocadora.

–Al menos, espero que ya no me consideres un maníaco sexual.

–¿Has oído la conversación que he mantenido con Nick? –preguntó, enfadada.

–No he podido evitarlo. Hablabais en voz muy alta.

–Puede ser, pero es mejor hablar en voz alta que espiar, como tú –espetó, mirándolo.

–¿Podrías hacerme un favor? ¿Podrías mantener la vista en la carretera?

–Lo siento. Es difícil mirar la carretera teniéndote a ti al lado –respondió.

Reece volvió a moverse en su asiento como si intentara encontrar alguna posición mínimamente cómoda. Darcy se sentía culpable por tratar de un modo tan brusco a un hombre que acababa de sufrir un accidente; pero lo peor de todo era la intensa y sorprendente atracción que sentía por él. Tenía las palmas de las manos húmedas y había empezado a sentir su propio pulso en lugares donde ni siquiera sabía que se podía sentir.

–No te estaba espiando –dijo él de nuevo–. Estabas cantando y me acerqué a ver quién era, porque vine aquí en busca de un poco de paz y de tranquilidad.

–Pues si siempre te comportas de un modo tan grosero, es difícil que la encuentres. De todas formas, también es cierto que la gente de los alrededores se preocupa mucho por sus amigos y familiares, así que de vez en cuando pueden parecer entrometidos, pero...

Reece no podía apartar la mirada de los senos de la mujer, que

subían y bajaban cuando respiraba. No entendía por qué lo atraían tanto. Había contemplado senos mucho más espectaculares.

–Pero yo prefiero eso a la indiferencia –continuó ella.

Reece movió el cuello para desentumecerlo. Aquel coche era muy incómodo.

–Sabía que debería haber ido en un taxi...

–No conduzco tan mal.

–No es eso. Es que el coche es muy pequeño. Te estoy muy agradecido por lo que has hecho.

–Guárdate los cumplidos. No necesito tu gratitud –espetó–. Tal vez seamos entrometidos en el campo, pero no nos aprovechamos de personas que sufren accidentes ni les cobramos por llevarlos a un hospital. Además, solo estaba intentando darte conversación para que te relajaras un poco y no pensaras tanto en tu dolor.

–No me duele nada.

–Ya, claro. Pero está bien, no es necesario que me cuentes nada si no quieres.

–Eso es cierto –dijo él.

Cinco minutos después, llegaron al hospital. Reece rompió entonces el silencio, aunque ni siquiera supo por qué.

–Creo que te estoy causando muchos problemas.

–Es cierto.

En aquel momento, el hombre sintió el irrefrenable deseo de besarla.

–Y te estás comportando como un monstruo –añadió.

–Eres muy perceptiva. Pero discúlpame. Ten en cuenta que vine aquí para escapar de las navidades...

–Deberías haberlo dicho antes. Ahora ya lo entiendo.

–¿Qué es lo que entiendes?

–Que tienes las navidades asociadas a algo malo, ¿verdad?

Darcy lo había dicho sin pensarlo, llevada por un impulso. Pero enseguida se arrepintió porque Reece la miró con repentina hostilidad y desconfianza.

–¿De qué estás hablando? –preguntó él.

–De nada. Solo he tenido la impresión de que... Pero olvídalo. Ya hemos llegado.

Darcy pensó abrirle la portezuela y ayudarlo a salir del vehículo, pero no lo hizo porque recordó lo que había sentido la última vez que lo había tocado. Consideró la posibilidad de dejarlo solo en el hospital. Sin embargo, no le pareció muy bien, así que decidió quedarse en el establecimiento y esperar.

Minutos más tarde, se acercó a la recepcionista para preguntar.

–Hola, quisiera saber cómo está el señor Erskine. He venido con él y…

La joven recepcionista se ruborizó y la miró con algo parecido a envidia.

–¿En serio? La están esperando.

–¿Me están esperando? –preguntó, extrañada.

La recepcionista se dirigió a una enfermera y le dijo:

–¿Podrías acompañar a la señora Erskine a la habitación número tres?

–Yo no soy la…

Darcy intentó aclarar el error, pero no la dejaron. La enfermera la llevó a toda velocidad hacia la habitación de Reece.

–Ah, aquí estás, Darcy, querida…

–Oh, Dios mío…

Darcy no pudo evitar el comentario. Reece solo llevaba puestos los pantalones y en aquel momento intentaba subirse la cremallera. Tenía un cuerpo sensacional, de anchos hombros y duros aunque no excesivos músculos. Instintivamente, la mujer se humedeció los labios y pensó que no era de extrañar que se hubiera comportado de forma rara con ella. En uno de sus costados se veían varias heridas con muy mal aspecto.

El médico se acercó a ella.

–No se preocupe. Está mejor de lo que parece.

–Me alegro.

–¿Podría echarme una mano?

Darcy comprendió que el médico le estaba pidiendo que lo ayudara a subirle la cremallera de los pantalones y negó con la cabeza, en silencio.

–No le ha pasado nada –dijo el médico–. Solo tiene un par de costillas rotas, varios golpes y por supuesto un hombro dislocado.

–Pensé que se había roto la clavícula.

–No, solo tiene dislocado el hombro, como acabo de decirle.

Pero es algo muy doloroso, tan doloroso como volver a ponerlo en su sitio.

–Es cierto –dijo Reece.

–Le ofrecimos anestesiarlo, pero su marido insistió en que lo hiciéramos sin anestesia –dijo el médico–. Su hombro estará bien en unos días, pero el golpe en la cabeza nos preocupa más. Le hemos pedido que se quede a pasar la noche en el hospital para tenerlo bajo observación, pero su marido se niega.

–Yo no...

–No estás sorprendida, ¿verdad, querida? –lo interrumpió Reece, antes de mirar de nuevo al médico–. Ella sabe que me disgustan los hospitales.

Entonces, se acercó a ella, le acarició el cabello y la besó en el cuello para sorpresa de Darcy. El médico los miró y sonrió.

–En cualquier caso, si su marido no me hubiera dicho que va a estar en casa con una enfermera experimentada, no le habría dado el alta.

Darcy miró a Reece, asombrada. No solo les había dicho que era su esposa, sino que también era enfermera.

–¿Dónde está trabajando actualmente, señora Erskine? –preguntó el médico.

–Yo...

–Darcy trabaja ahora en casa –declaró Reece–. Eso le ocupa todo su tiempo. ¿Verdad, querida?

–Sí, no se puede negar que tú das mucho trabajo –dijo ella con ironía.

El médico rio.

–Bien, enviaré a una enfermera para que le cosa la herida de la cabeza.

Darcy esperó a que el doctor se marchara para encararse con Reece.

–¿Te has vuelto loco?

–Habla más bajo o te oirán.

Darcy estaba muy enfadada con todo lo sucedido. Sobre todo, porque por alguna razón ella tampoco había hecho nada para sacar del error al médico y a las enfermeras.

–No se a qué estas jugando, Reece...

–Claro que lo sabes, no eres tan estúpida.

–Pues hagamos como si lo fuera. Explícame qué ha pasado aquí.

–No querían darme el alta si no les aseguraba que alguien podía cuidar de mí, así que pensé que sería más fácil si creían que estaba casado.

–Y claro está, pensaste en mí. Muchas gracias, me siento muy honrada –dijo con ironía–. ¿Pero por qué te has inventado eso de que soy enfermera?

–Me pareció un detalle bonito.

–Estás rematadamente loco.

–Entonces, ¿no eres enfermera?

–Por supuesto que no.

–Como actuaste de un modo tan profesional en tu casa con el botiquín, pensé que tal vez...

–Oh, vamos, tengo hermanos y estoy acostumbrada a curarles pequeñas heridas. Pero no soy Florence Nightingale.

–Es verdad. Si lo fueras, no permitirías que me encontrara en una situación tan absurda como esta.

Reece estaba intentando ponerse la camiseta, pero le dolía tanto el hombre que solo había podido pasar un brazo.

–Te estás pasando, Reece. Además, ¿qué habría ocurrido si alguien me hubiera pedido que hiciera algo típico de una enfermera?

–¿Me estoy pasando? –bromeó él.

–No cambies de tema –declaró, enfadada.

–¿Y de qué estábamos hablando?

–¡De que no soy tu esposa! –protestó.

–Eso es cierto. Pero pensé que no te importaría serlo durante unos minutos. Y por otra parte, no es como si hubiera pedido tu mano...

–Para tu información, han intentado casarse conmigo varias veces.

–Te felicito –dijo, divertido.

–¿Qué habrías hecho si me hubiera marchado y te hubiera dejado solo en el hospital?

–Sabía que no lo harías.

–¿Cómo es eso de que lo sabías?

–Te habrías sentido muy culpable. Te gusta hacer las cosas bien. Además, esto no es tan terrible. Solo tienes que salir de aquí

conmigo y te prometo que no volverás a verme nunca más.

–Está bien. Pero debo estar loca...

Reece sonrió.

–Buena chica.

Un par de minutos después llegó la enfermera para coserle la herida y Darcy aprovechó la ocasión para excusarse.

–Esperaré afuera mientras lo cura. ¿Va a anestesiarlo para coser la herida?

–Sí, claro –dijo la mujer.

–Qué lástima –declaró Darcy, con malicia.

Cuando salió de la habitación, Darcy pudo escuchar las carcajadas de Reece.

Capítulo 3

La joven recepcionista los llevó a la salida del hospital y Darcy suspiró cuando las puertas se cerraron a su espalda. Solo había faltado que les pusieran una alfombra roja al salir.

–¿Qué ocurre? –preguntó ella–. ¿Siempre provocas ese efecto en la gente?

–¿A qué efecto te refieres?

Ella arqueó una ceja con escepticismo.

–Como si no te dieras cuenta. Esa mujer se ha portado contigo de forma excesivamente amable.

A pesar de la enigmática sonrisa que le dedicó Reece como única respuesta, tuvo la impresión de que a él lo disgustaba más ese comportamiento de la gente que a ella.

Había dejado de llover pero estaba helando y el suelo era muy resbaladizo. Pasaron ante un enorme árbol decorado con motivos navideños y la mujer pensó que le encantaba el olor de los pinos.

–¿Dónde hemos aparcado?

–¿Hemos? –preguntó ella.

–¿Es que piensas abandonarme aquí?

–Sí, tenía intención de hacerlo.

–No tengo dinero ni tarjetas de crédito. Puedes comprobarlo tú misma –dijo, abriéndose la chaqueta.

–No es necesario que lo compruebe. Te creo –dijo ella–. Pero dime una cosa: ¿tan fácil soy de convencer?

Él la miró con detenimiento, como si intentara tomar una decisión.

–Sí, lo eres.

Reece pensó que también parecía muy joven e inocente y se dijo que, en cambio, su juventud e inocencia quedaban muy lejos. Intentó recordarse que Darcy no era como las mujeres a las que estaba acostumbrado y con quienes siempre mantenía relaciones temporales.

–Comprendo. Y tú eres de la clase de personas que se

aprovechan de los demás –lo acusó ella.

Darcy estaba demasiado enfadada e incómoda como para notar que la expresión de los ojos de Reece Erskine había cambiado. La estaba observando de una forma distinta, disfrutando de la visión de sus suaves curvas y haciendo lo posible por no dejarse llevar por el deseo.

En cuanto a Darcy, permaneció en silencio porque en aquel momento ni siquiera recordaba dónde había dejado el coche. No podía concentrarse y recordarlo. La idea de volver a estar encerrada con él en un habitáculo tan pequeño la alteraba.

–Dijiste que si salía contigo no volvería a verte de nuevo –declaró entonces.

–Siempre le digo a la gente lo que quiere oír si es necesario para conseguir algo.

–Es decir, mientes...

–Yo no lo diría de se modo.

–No lo dudo.

–Te aseguro que a mí tampoco me gusta la idea.

–Pues ya somos dos.

Sus miradas se encontraron y Darcy supo por primera vez que él también la deseaba. La miró con hambre, contemplando sus labios, y se preguntó qué se sentiría al besarlo. Sintió que la garganta se le quedaba seca y los segundos pasaron rápidamente mientras pensaba que de aquello no podía salir nada bueno.

Por su parte, Reece estaba tan asombrado como ella. Su pulso se había acelerado y no podía dejar de pensar en aquellos labios excepcionalmente sensuales. Quería acariciar su pelo y su cara, pero se apartó de ella.

–Darcy...

Reece pronunció su nombre con tono de advertencia, como un adulto que se dirigiera a un niño para que no hiciera algo malo.

Darcy se sintió tan mortificada como confundida. Ya no tenía ninguna duda. Había deseado besarla, era algo real. Lo deseaba tanto como ella pero había preferido no hacerlo.

–¿Qué ibas a decir? ¿Que no te besara? –preguntó ella, sin saber muy bien por qué había pronunciado esas palabras.

–¿Adónde pretendías llegar?

–Esa es una pregunta muy poco elegante.

De repente, a Darcy se le pasó una idea extraña por la cabeza y añadió:

–¿Estás casado?

–Eso no es relevante –respondió, algo sorprendido.

–Para mí, sí.

Reece suspiró. Estaba acostumbrado a enfrentarse a muchas situaciones incómodas. Pero, para su sorpresa, la dueña de aquellos ojos azules era más de lo que podía soportar.

–Lo estuve, pero ya no lo estoy. Aunque no entiendo por qué te importa eso.

–Te contestaría que tiene algo que ver con la ética, aunque creo que no me entenderías.

–No veo qué tiene que ver la ética en todo esto. No has hecho nada.

–Si lo hubiera hecho, ¿cómo habrías reaccionado?

Reece miró sus labios antes de contestar.

–Si me hubieras besado, yo te habría besado –respondió.

–¿Lo habrías hecho? –preguntó ella–. Lo sabía. Pero entonces... ¿por qué te has apartado?

Reece rio.

–Tú no besas a hombres casados y yo no beso a mujeres tan jóvenes que podrían ser mi hermana pequeña.

–Me sorprende que también tú tengas principios –bromeó.

–A mí me sorprende tanto como a ti –dijo él con ironía–. Pero hace frío aquí. Si no quieres llevarme de vuelta, tendré que hacer algo para alojarme en alguna parte.

Darcy lo tocó en un brazo. Reece se dejó tocar, pero estaba tenso, como si la situación le resultara incómoda.

–¿Cuántos años crees que tengo? –preguntó, divertida.

–No sé. Diecinueve. Tal vez veinte.

–Tengo veintisiete.

Reece la miró con ojos entrecerrados.

–No es posible, no te creo.

–Es cierto, Reece. Y es más, te aseguro que tampoco soy una jovencita virgen.

–Entonces, ¿qué eres?

–La persona que te va a llevar de vuelta a casa.

–Procuraré no olvidarlo. Pero me gustaría saber qué haces

cuando no te dedicas a ser ángel de la guarda.

–En este momento, debería estar esquiando.

–¿Y en lugar de eso has preferido pasar las navidades en Yorkshire?

–Surgió una pequeña crisis familiar –explicó.

–Es decir, que te llamaron para que la solucionaras.

–No me importa. Además, ¿a qué otra persona podrían haber llamado?

–No lo sé, dímelo tú. Antes estaba bastante mareado pero yo diría que tienes una familia bastante grande.

–Pues no conoces ni a la mitad. Cada vez que pienso en el número de personas para las que tendré que cocinar en Navidad, sufro un ataque de pánico.

–¿No eras tú la niña… perdón, la mujer, a quien le gustaban las navidades?

–Sí, me gustan. Pero este año es diferente. Tengo que ocupar el lugar de mi madre y estoy fallando miserablemente.

–¿Está enferma?

–No, no está enferma. Se ha marchado.

Reece arqueó una ceja.

–Entiendo. Se ha marchado con otro hombre… Esas cosas suceden –dijo, con seriedad.

Darcy se horrorizó al oír sus palabras.

–No, mi madre no ha hecho eso. Se ha marchado a recargar un poco sus baterías, eso es todo –espetó, casi entre lágrimas–. Y por cierto, no soy ninguna niña.

–¿Quieres hablar sobre ello? –preguntó él, sinceramente preocupado.

–Contigo no.

–Lo comprendo.

–Y ahora, si ya has terminado de interrogarme, deberíamos marcharnos antes de sufrir una hipotermia.

Avergonzada y humillada, Darcy giró en redondo y avanzó hacia el lugar donde creía que se podía encontrar el coche. Por suerte, acertó.

–No puedo encontrar las llaves –dijo, mientras buscaba en su bolso.

–Tal vez porque están ahí.

La mujer se sintió muy aliviada al ver que las había dejado puestas en la cerradura de una de las portezuelas. Reece se inclinó, las recogió y en lugar de dejarlas en la palma de su mano, se las arregló para acariciarle la muñeca al hacerlo.

–Gracias –dijo ella, sin mirarlo.

–De nada.

Darcy entró en el coche y él intentó acomodar sus largas piernas en el interior del habitáculo. Pero antes de que la mujer pudiera arrancar, él puso una mano sobre una de las manos de Darcy y la miró.

–¿Qué sucede?

–Estaba pensando en el beso.

–¿En qué beso?

–En que deseabas besarme.

–Tú también.

–Es cierto. Pero ahora que sabes que no soy un hombre casado y que yo sé que no eres una jovencita virgen... Bueno, tenemos muchas en común. No hay razón para que no lo hagamos.

–Para que no...

–Para que no nos besemos.

–Solo hay una –dijo ella, intentando recobrarse–. Si lo haces, gritaré.

–Ah, luego has cambiado de opinión. Tal vez sea mejor así.

Entonces, Reece se recostó en su asiento y cerró los ojos.

Darcy se sintió muy ofendida. No esperaba que se suicidara porque no quisiera besarlo, pero al menos podría haber tenido el detalle de mirarla, como si le importara un poco. A fin de cuentas, habría sido una simple cuestión de buenos modales.

Darcy sabía que aquella noche tardaría bastante en conciliar el sueño. Miró el reloj de la mesita de noche y comprobó la hora. Solo eran las dos de la madrugada.

Su pequeño dormitorio se encontraba en el ala norte de la casa y el viento golpeaba las contraventanas de madera, pero no dejaba de pensar en la mansión donde se alojaba Reece, cuyo estado general era bastante peor.

Su familia se había sorprendido bastante cuando regresó con él y

no lo invitó a cenar. Y en ese momento se sentía culpable.

–Si queréis invitarlo vosotros, adelante, pero no esperéis que os dé las gracias. Yo ya he tenido bastante por hoy –declaró.

Treinta minutos después de haber mirado el reloj, Darcy avanzaba por el camino de la vieja mansión con una linterna en la mano. Cuando llegó a la casa, descubrió que no había puerta y que por tanto no podía llamar. Y el interior del lugar no resulta mucho más tranquilizador.

–Y pensar que ni siquiera lo invité a tomar un té... –se dijo–. Si lo encuentro en coma, será culpa mía.

Empezó a buscarlo por la casa. Supuso que se encontraría en alguna habitación que al menos tuviera una puerta, y por fin lo encontró tumbado en un saco de dormir, frente a una chimenea en la que aún quedaban rescoldos.

Se inclinó sobre él para comprobar su estado y los acontecimientos se desarrollaron con tanta velocidad que ni siquiera supo lo que había sucedido. De repente se encontró en el suelo, bajo él, mientras Reece le tapaba la boca.

–Si no quieres que te haga daño, deja de moverte –dijo él–. ¿Estás solo? Voy a apartar la mano de tu boca, pero si gritas para avisar a tus posibles compinches, lo lamentarás.

Darcy negó con la cabeza.

–Por Dios, me has dado un susto terrible –protestó ella–. Ni siquiera puedo respirar.

–¡Darcy!

–Por supuesto que soy yo. ¿Quién pensabas que era?

–Un ladrón –dijo, mientras la iluminaba con la linterna.

–¿Podrías apartar eso de mis ojos? No veo nada.

Reece se apartó y ella se sentó en el suelo para incorporarse.

–¿Qué esperabas que pensara? –preguntó él–. Has entrado en la casa en mitad de la noche.

Darcy se levantó mientras él caminaba hacia la chimenea y echaba un par de leños sobre las ascuas. Después, tomó unas cerillas y encendió las velas de un candelabro. Se guardó las cerillas en un bolsillo, porque naturalmente se había acostado vestido.

–¿No te gusta la luz de las velas? –preguntó él.

–No especialmente.

–Bueno, ahora cuéntame qué estabas haciendo aquí. Si no dices

nada, llegaré a la conclusión de que me echabas de menos...

–Ni en sueños.

–Hablando de sueños, me debes uno. Precisamente acabas de interrumpir uno que era bastante...

–No quiero saber en qué estaba soñando –lo interrumpió, mientras se limpiaba el polvo de los pantalones.

–¿Ni siquiera si estaba soñando contigo?

–Especialmente si estabas soñando conmigo –declaró.

Darcy se alegró de haberse puesto un jersey sobre el pijama, porque el súbito endurecimiento de sus pezones no se debía precisamente a la temperatura.

Reece rio y se sentó junto a una caja.

–Te ofrecería una silla, pero esta caja es lo único parecido. De hecho, tampoco hay mesas.

–Solo he venido para ver qué tal estabas.

–¿No para tocarme? –murmuró.

–¿Quieres dejar de interrumpirme?

–Lo siento.

–No debí permitir que pasaras la noche aquí solo porque me molestaste.

–Comprendo. Así que has decidido pasar la noche conmigo. No sé qué decir... –declaró, con una sonrisa malévola.

–Sabía que dirías algo como eso.

Reece rio de nuevo, sinceramente divertido. Y Darcy pensó que su risa era muy atractiva.

–El médico dijo que debía observarte. Así que he venido para ver si te encontrabas bien.

–¿A las tres de la mañana?

–Bueno, estaba preocupada. Con tus costillas y ese hombro...

–Tu preocupación me estremece.

–No es preciso que te burles de mí.

–No me estoy burlando.

–Es muy sencillo. Estaba en mi cama, tumbada, oyendo el sonido del viento y pensando en ti cuando...

–Estabas excitada –la interrumpió.

Darcy lo miró, horrorizada.

–No es cierto. No estaba pensando en ti de ese modo.

–Entonces, ¿en qué estabas pensando?

–En que podía pasarte algo durante la noche y nadie podría ayudarte. Me sentía culpable.

–Ya veo que eres una obsesa de la responsabilidad. ¿Nunca te apetece hacer nada irresponsable?

–No, nunca –respondió, en un susurro.

Reece la tomó de la mano y la atrajo hacia sí, sin dejar de mirarla en ningún momento, pero ella no se resistió. Se humedeció los labios con la lengua y recordó la visión de su duro cuerpo. Él la acarició en una mejilla y ella se estremeció. Tenía la impresión de que sus piernas apenas la sostenían, pero lo peor de todo era que su debilidad no afectaba únicamente a sus piernas.

–¿Herí tus sentimientos al negarme a besarte? –preguntó ella de repente.

–¿Pretendías hacerlo?

–No, no me gusta herir a la gente. ¿Y a ti?

Reece no contestó. En lugar de eso, dijo:

–¿Estás segura de que solo has venido aquí porque estabas preocupada por mi salud, Darcy?

Darcy pensó que debía hacer algo para detener la escalada antes de llegar más lejos.

–¿Por qué otra razón podría haber venido?

–Por esta.

Reece la tomó entonces por la cintura y la apretó contra él, con fuerza. Ella se recuperó enseguida de la sorpresa inicial, se relajó y comenzó a acariciarlo.

–Es una sensación maravillosa –dijo él.

Darcy suspiró. Reece tenía razón, pero no fue nada en comparación con el beso que se dieron un segundo más tarde. La mujer se dejó llevar, dominada por el deseo de aquel hombre. Nunca había experimentado nada parecido. Y era tan sorprendente como su propio deseo. Se arrojó totalmente a la seductora exploración de sus bocas y de sus cuerpos y solo se detuvo para poder respirar.

Se apartaron un poco, pero no demasiado. Él apoyó su frente en la cabeza de Darcy y dijo:

–Creo que te perdonaré por haberme despertado.

–¿No te parece que ha sido demasiado para un simple beso?

–Ten en cuenta que hay besos y besos.

Una vez más, Reece tenía razón.

–Bueno, es una situación interesante...

–¿Pero? –preguntó él.

Darcy se apartó.

–Creo que estarías mejor si tuvieras una manta eléctrica.

–No hay electricidad en la casa. Pero no te preocupes, soy un tipo bastante preparado para casi todo.

–No estaba preocupada.

–Pues deberías estarlo. No me conoces.

–Exacto. Y esa es una de las razones por las que no me acostaré contigo.

–¿Cuáles son las otras?

–Te has roto varios huesos.

–Eso no importa tanto. Ya nos las arreglaríamos. Además, eres perfectamente consciente de que me deseas.

–Es una forma un tanto arrogante de decirlo.

–Puede ser, pero es verdad –declaró.

Reece se acercó de nuevo a ella.

–¿Qué estás haciendo?

–No puedo hacerte el amor si nos mantenemos a varios metros de distancia.

Darcy negó con la cabeza. No podía creer lo que estaba haciendo. No sabía cómo había permitido que las cosas llegaran a semejante extremo.

–Te encuentro increíblemente atractiva –añadió.

–Seguro que estás pensando en otra persona...

–Hueles a verano –dijo él, sin hacerle caso.

–¿Quieres hacerlo a pesar de tus huesos rotos?

–Por supuesto.

–Estás bastante seguro...

Reece se inclinó sobre ella y rio suavemente antes de decir:

–Calla y bésame, mujer.

Capítulo 4

El ímpetu del beso los empujó contra la caja y un par de frasquitos cayeron al suelo. Darcy intentó no pisarlos.

–Son tus analgésicos... –dijo ella.

Por suerte, la botella de whisky no se había caído.

–Al infierno con ellos.

–¿Has tomado analgésicos con whisky? Oh, vaya, ahora lo entiendo.

–¿Qué es lo que entiendes? –preguntó.

–¡Esto!

Ella se señaló el pecho y descubrió que en algún momento se las había arreglado para quitarle el jersey.

Si desvestir a mujeres hubiera sido una especialidad olímpica, Reece habría ganado sin duda la medalla de oro. Darcy se ruborizó y se cerró el pijama que llevaba debajo, aunque la tela era tan fina que apenas ocultaba nada.

–No sé de qué estás hablando –dijo él, mientras la besaba en el cuello–, pero sabes muy bien.

Darcy gimió y dijo:

–No lo entiendes. Es probable que te comportes así por una reacción de tus medicamentos.

–¿Tú crees?

–Creo que no te estás tomando esto en serio.

–Hazme caso. Me lo estoy tomando muy en serio.

–No me deseas de verdad.

Reece apretó los dientes, le abrió la chaqueta del pijama y se la quitó lentamente.

–Eres absolutamente preciosa –declaró, mirándola.

Darcy intentó recobrar el sentido.

–¡Escúchame! –protestó.

–¿Qué ocurre ahora?

–Son los medicamentos. No debes tomar alcohol con analgésicos. Probablemente te han provocado algún tipo de reacción y por eso te

comportas de este modo.

–¿No comprendes que la razón de mi comportamiento es otro? –preguntó él–. Me siento atraído sexualmente por ti. Llevaba toda la noche pensando en acostarme contigo y entonces entraste en la casa...

Darcy no podía hablar. El sonido de su baja y masculina voz la hechizaba. Se sentía mareada y la sensación que tenía entre las piernas era tan intensa que apenas podía sostenerse en pie.

–Pero...

–Solo he tomado paracetamol. El médico quiso darme algo más fuerte, pero no me gusta tomar pastillas.

–Entonces, esto es...

–Es real, sí. A menos que tú hayas tomado alguna droga de efectos alucinógenos, claro...

Darcy negó con la cabeza y Reece se apretó contra ella.

–¿Esto te parece suficientemente real?

La mujer pudo sentir su erección en el estómago.

–Es increíble –dijo ella.

–¿Podrías quitarme la camisa, Darcy?

–¿Lo dices porque te duele el hombro?

–No, lo digo porque quiero que lo hagas tú.

A Darcy le pareció una idea perfecta y comenzó a desabrocharle los botones, uno a uno, con manos temblorosas, hasta que al final pudo tocar su pecho desnudo. Acarició la zona donde tenía las heridas y dijo:

–Si te hago daño, dímelo.

–Me haces daño.

–¿Dónde? –preguntó, alarmada.

Darcy tomó su mano y la llevó a varias zonas de su anatomía.

–Aquí, y aquí, y aquí... Pero quiero verte. Quítate la ropa. Y no dejes de mirarme, por favor.

Darcy lo hizo. Pero no un fue un proceso lento. A pesar del deseo que sentía, hacía frío en la habitación.

–Eres maravillosa –dijo él–. Pero estás helada. Ven aquí.

Entonces, Reece la tomó de la mano y la llevó hacia el saco de dormir.

Darcy se introdujo en él mientras él se desnudaba y enseguida pudo comprobar que estaba muy excitado. Era un hombre tan

atractivo que quiso gritar de placer.

–Ven a mí –susurró él.

Darcy lo hizo. Permanecieron unos segundos tumbados el uno junto al otro, pero sin tocarse, hasta que por fin no pudieron evitarlo por más tiempo y se besaron. La piel de Reece estaba más caliente que la suya y era más dura. Podía sentir el roce de su vello contra los senos y las piernas y cada vez estaba más excitada.

–Para tener solo un brazo en buen estado, te las arreglas bastante bien.

Reece sonrió.

–Pues si mis caricias te gustan, espera a ver lo que puedo hacer sin manos.

Darcy gimió, susurró su nombre y se estremeció al sentir la lengua de Reece en su estómago. El placer era tan intenso que casi rozaba el dolor.

–Te deseo tanto... –dijo ella.

–Entonces, tómame –dijo él.

La mujer observó al magnífico hombre que estaba ante ella con los ojos cerrados y la piel brillante por el sudor. Se situó sobre él y lo dejó entrar en su cuerpo. Entonces, Reece volvió a abrir los ojos.

–Dios mío, eres...

Reece no pudo decir nada más. No podía hablar. Solo podía moverse, una y otra vez, dentro de ella.

Darcy se frotó los ojos. Alguien la había tapado bien con el saco de dormir para que no pasara frío y enseguida miró a la única persona que estaba en la habitación con ella.

–¿Has dormido bien? –preguntó él.

–Sí, gracias. ¿Qué estás haciendo?

Reece estaba sentado junto a un ordenador portátil.

–Escribiendo algunas cartas.

–¿Qué hora es?

–Casi las siete.

–¡Las siete! Oh, Dios mío...

Reece apagó el portátil y lo cerró, antes de mirarla con ironía.

–¿Qué sucede? ¿Hay algún problema?

–Tengo que preparar el desayuno a mi padre y a mis hermanos.

–¿No pueden hacerlo ellos?

–Claro que pueden. Pero quiero que las cosas sean...

–¿Iguales?

–No sé qué quieres decir.

–Claro que lo sabes. Quieres sustituir a tu madre. Pero ¿no se te ha ocurrido pensar que tal vez su intención fuera precisamente que notaran su ausencia?

–No sabes lo que dices. Mi madre no es una mujer frustrada ni una menopáusica que...

–¿Eso es lo que piensan los hombres de tu familia? –la interrumpió.

–No. Además, no se trata de eso.

–¿En serio?

–Sí. Me preocupa que se pregunten dónde estoy.

–Claro. Y no quieres que sepan que has pasado la noche conmigo.

En realidad, Darcy no estaba tan preocupada. Su reputación era muy buena, demasiado buena. Siempre la habían tomado por una especie de Mary Poppins y no la asociaban precisamente con el sexo.

–Aunque quisiera contárselo, nadie me creería –dijo, cubriéndose los desnudos senos con las manos.

–Anda, ponte el pijama y deja de hacer cosas ridículas –declaró él, mientras le daba la prenda–. Pero si esperas que me dé la vuelta para vestirte, tendrás que esperar mucho tiempo.

–No te comportas como un caballero.

Reece se limitó a mirarla, sonriendo. Al parecer había encontrado divertido el comentario.

–Me siento perfectamente segura con mi cuerpo –protestó ella.

–Sí, ya lo veo –se burló él.

Sin embargo, el gesto de diversión desapareció rápidamente del rostro de Reece. De repente, volvió a aparecer entre ellos una tensión que bastó para acelerar el corazón de la mujer.

–Anoche... –acertó a decir él.

–Anoche –repitió ella–. Sí, fue una locura, ¿no crees?

–Una locura maravillosa. Una experiencia sexual sublime. ¿Era eso lo que ibas a decir?

Darcy no iba a decir nada. Tenía bastante con el sencillo hecho

de intentar respirar.

–Me alegra que disfrutaras –dijo ella al fin.

–¿Tú también disfrutaste?

–Sabes que sí.

–Sí, creo que mencionaste algo al respecto.

Darcy se incorporó y comenzó a ponerse los pantalones.

–¿Por qué huyes ahora?

–¿Y tú lo preguntas?

–No te comprendo...

–No eres la persona más adecuada para hablar de huir y de esconderse. ¿Qué estás haciendo aquí? Yo diría que huyes de algo.

–Solo huyo de las navidades.

–No lo creo. Estoy segura de que hay algo más –declaró, mientras se vestía.

–¿A qué te refieres?

–A nada.

–No mientas. Lo noto en tu cara.

–Mi cara es así.

–Pues no serías muy buena jugadora de póquer.

–Solo estaba pensando.

–¿Puedo preguntar qué?

–No me parece que seas de la clase de personas que huyen. Y aunque huyeras, ¿por qué has querido ocultarte aquí? –preguntó, mirando con desagrado a su alrededor.

–Si yo fuera tú no diría esas cosas delante de los encargados de la oficina de turismo de Yorkshire.

–Me refería a esta casa.

–¿Y por qué no?

–No tiene electricidad y supongo que las cañerías están en mal estado...

–Supones bien. Yo que tú no intentaría acercarme al cuarto de baño.

–Gracias por el consejo. Pero todavía no has contestado a mi pregunta.

–Tal vez porque no es asunto tuyo.

–Bueno, ahora sí que me has puesto en mi sitio, ¿verdad? –declaró ella.

Darcy se volvió y avanzó hacia la salida para marcharse, pero él

la detuvo.

–Espera. Te lo contaré. Los albañiles que están arreglando la casa de mi amigo le mintieron y le dijeron que la rehabilitación estaba muy avanzada. Vine porque creía que la casa se encontraría en buen estado.

–Entonces, ¿no te vas a quedar?

–No pensaba quedarme.

–¿Y qué ha cambiado?

Reece sonrió.

–Me gustan los vecinos.

Darcy se ruborizó.

–Ya. Lo que quieres decir es que quieres volver a acostarte conmigo. Pero te equivocas. La de anoche fue la última vez.

–¿Te asusta la idea de mantener una relación basada en el sexo, Darcy?

–No. Me encanta.

–Y te excita.

–¡Es absoluto! –protestó.

–Mentirosa. Me deseas y los dos lo sabemos.

Darcy rio.

–¿Por qué no te golpeas el pecho y me arrastras a una caverna?

Reece pensó que la idea no era mala, aunque él prefería un hotel con una bonita habitación, un buen cuarto de baño y un servicio de habitaciones.

–Decirlo no sería muy políticamente correcto, pero...

–Entonces, no lo digas.

–Darcy, ¿te arrepientes de lo que pasó anoche? ¿Te arrepientes de haber hecho el amor conmigo?

–No –admitió, a regañadientes.

–Desde que te vi por primera vez, yo...

–No sigas. Cuando me viste por primera vez, me tomaste por un chico. Y además, no estamos hablando de entonces, sino del ahora.

En realidad, Darcy no quería hablar sobre ello. No quería hablar de nada con un hombre que le resultaba tan irritante.

–Me voy a casa –continuó ella–. Así que apártate de la puerta.

–Te acompañaré.

–¿Bromeas?

–Bueno, esperaba que me dejaras usar tu ducha. O mejor aún, tu

bañera.

–No se puede negar que eres muy atrevido.

–Y por si no lo recuerdas, me duele un hombro y tengo un par de costillas rotas y varias heridas. Pero por supuesto, no dejes que eso influya en tu decisión –se burló.

Darcy sonrió a su pesar.

–Mi casa no es un hotel.

–Entonces, ¿no me invitas?

La mujer entrecerró los ojos.

–Está bien –capituló–. Pero si le dices algo a mi familia, aunque sea una simple insinuación...

–¿Y bien, Darcy?

–¿Y bien, qué? –preguntó, mirando a su hermano–. Si tienes intención de seguir bloqueándome el paso, podrías recoger el acebo.

Darcy hizo un gesto hacia el acebo recién cortada.

–¿Yo?

–Sí, tú, claro. Pero supongo que te vas a limitar a quedarte ahí y ver cómo lo llevo yo.

–Es que corta.

–Claro, es acebo, Nick.

–Este jersey me ha costado una fortuna y no me gustaría engancharmelo –gruñó, mientras se inclinaba para ayudarla–. ¿Dónde quieres que lo deje?

–En el porche. ¿Quieres una taza de café?

–No. Quiero respuestas.

–¿Sobre qué? –preguntó, intentando no parecer a la defensiva.

–Sobre el vecino. Pensé que no te gustaba.

–Ha sufrido un accidente. No podía negarle el permiso para que se duchara en casa. ¿Has dicho que querías té, o café?

–Ni té ni café. Pero dime otra cosa. ¿Cuándo le dijiste que podía ducharse en casa? ¿Cuando sacaste a los perros?

–Sí –mintió.

–¿Y desde cuándo sacas a los perros vestida solo con un pijama?

–¿Tanto te importa todo este asunto? –preguntó, bastante divertida por la actitud de su hermano.

–Claro que me importa. Sobre todo porque me asomé a tu

habitación a las siete de la mañana, después de sacar a los perros, y no estabas.

Darcy se ruborizó.

–¿Qué hacías en mi habitación?

–Te llevé una taza de té.

–Oh…

–Te siguió a casa, ¿verdad? Anoche estuviste con él, ¿no es cierto?

–¿De dónde has sacado esa idea? –preguntó.

Darcy estaba realmente extrañada. Había hecho todo lo posible para que su familia no pudiera sospechar nada y después del desayuno se había marchado a llevar unas flores a la iglesia, tal y como hacía su madre, por no estar cerca de su padre y de sus hermanos.

–No creía que fueras capaz de pasar la noche con un desconocido. Aunque sea rico y poderoso.

–¿Cómo te atreves a decirme algo así? –preguntó, ofendida.

–Vamos, Darcy, debes admitir que te has comportado de forma muy sospechosa.

–¡No tengo que admitir nada! Al menos, no a ti. Y por cierto, Nick, eres una de las personas más hipócritas que conozco.

–Darcy, no pretendía…

Darcy lo miró con sumo enfado.

–Pues sí, me acosté con él. ¿Qué pasa? –preguntó, en tono de reto.

La mujer se alejó entonces y salió de la habitación tan deprisa como pudo, pero al hacerlo chocó con Reece Erskine, que ya había salido de la ducha.

–¿Qué estás haciendo aquí?

Darcy hizo un esfuerzo por apartarse de él, aunque en realidad deseaba arrojarse a sus brazos.

–Esa no es forma de saludar a un hombre que te lleva regalos, Darcy.

La mujer no había notado la súbita presencia de su padre y de los gemelos.

–¡Qué bien! –exclamó Harry, al ver los bombones que había en el interior de una caja que dejaron sobre la mesa.

–Esto es mío –dijo Charlie, al descubrir una botella de champán.

–Reece, has sido muy generoso –dijo entonces Jack.

–Solo es un pequeño regalo por vuestra amabilidad.

–No era necesario.

–No querrás que lo devuelva, ¿verdad, papá? –preguntó Charlie.

–Sois un par de monstruos –dijo Jack mirando a los gemelos–. Los chicos te están también muy agradecidos, Reece. ¿Quieres tomar algo? Darcy, ¿podrías...?

–Por si no lo has notado, estoy ocupada.

–Sí, claro, sé que ahora tienes muchas responsabilidades –dijo el hombre, antes de mirar a Reece–. Es que mi esposa...

–No me importa –lo interrumpió Darcy–. Por cierto, justo ahora iba a salir a buscar el árbol de Navidad. ¿Alguien quiere acompañarme?

–A mí no me importaría dar un paseo –dijo Reece.

–¿Tú?

–Sí, yo. No me encuentro bien y no puedo conducir.

–Así que te aburres...

–Id a dar un paseo. Es una idea excelente –intervino Jack.

–Seguro que a Darcy le gustará tener compañía –dijo Nick.

Darcy miró a su hermano con cara de pocos amigos.

–Hay mucho barro fuera. Puedes ponerte las botas de alguno de los gemelos. Son de tu talla –dijo Jack a Reece.

Toda la familia ayudó a equipar al recién llegado. Todos, menos Nick.

–Estás pálida, Darcy.

–Sí, es verdad –dijo su padrastro–. ¿Te encuentras bien?

–Perfectamente.

–Tal vez no ha dormido bien –comentó Nick con malicia.

–¿Eso es verdad?

–Bueno, ya sabes cómo son las vacaciones, papá. Al principio siempre me cuesta conciliar el sueño.

–Darcy es analista de sistemas –dijo Jack con orgullo, mirando a Reece–. Tiene un cargo muy importante.

–Oh, vamos, papá, no te excedas –dijo ella, riendo–. Estoy segura de que a Reece no le interesa saber cosas de mi trabajo.

–¿Es que no se lo has contado todavía? –preguntó Nick.

–Si no tienes nada mejor que hacer, hermanito, podrías ir a mirar las luces del árbol de Navidad –declaró Darcy–. No funcionan.

–Deberíamos comprar bombillas nuevas.

–No podemos hacer eso, Nick –protestó Charlie–. Esas bombillas están con nosotros desde siempre.

–Cierto. Y nunca han funcionado.

–Recuerdo aquella vez cuando aquel gato... ¿cómo se llamaba? –preguntó Harry.

–Óscar –dijo Charlie.

–Sí, ya me acuerdo –intervino Nick–. Está bien, no sigáis con historias. Veré lo que puedo hacer.

Cuando salieron de la casa, Reece dijo:

–Eres muy protectora con tu padre.

–Es mi padrastro. Pero sí, es verdad. Supongo que todos lo somos.

–¿Padrastro? Entonces, los gemelos son...

Darcy suspiró.

–Jack nos adoptó a Nick y a mí cuando se casó con mi madre. Yo tenía cinco años, aunque eso no es asunto tuyo –dijo, mientras sacaba las llaves para abrir el todoterreno–. Pero ¿de verdad quieres acompañarme?

La mujer rezó para que dijera que no. Sin embargo, siempre había sido una condenada optimista.

Capítulo 5

Tienes que traerte al perro? –preguntó Reece, mientras el enorme animal lo lamía.

–Quiero que venga –dijo ella–. Siéntate, Wally.

El perro se tumbó a regañadientes en el asiento posterior del todoterreno de su padrastro mientras Reece se limpiaba la saliva.

–Te has ganado a mi familia –comentó Darcy–. Llevar esos bombones fue una gran idea. Has conseguido el afecto de los gemelos apelando a su estómago.

–Pero con tu hermano mayor no ha funcionado.

–Ya veo que lo has notado.

Darcy aún estaba enfadada con Nick. Se había atrevido a criticarla cuando él mantenía una relación con una treintañera divorciada desde los diecisiete años.

–Digamos que no me siento particularmente querido cuando estoy con él –declaró–. ¿Te lo ha puesto muy difícil?

–Me da igual lo que Nick piense. Pero no llegues tú tampoco a conclusiones apresuradas. El sexo no es una prioridad para mí.

Darcy sabía que estaba perdiendo el tiempo. Sabía que le había dado la impresión contraria a Reece, pero estaba dispuesta a decirle que hablara con Michael si no la creía. Aunque, realidad, Michael nunca había comentado nada sobre su forma de hacer el amor. Probablemente, porque estaba casado y se contentaba con mantener una relación no demasiado exigente.

–¿Tienes muchos amantes? –preguntó él.

–¿Nunca te han dicho que sólo eres capaz de pensar en una cosa?

A pesar de la pregunta, Darcy se dijo que no era el único. No podía dejar de pensar en el cuerpo de aquel hombre, aunque hacía verdaderos esfuerzos por no hacerlo.

–Bueno, el nuevo cura me ha pedido que baile con él en Navidad –continuó ella en tono de broma.

–El nuevo cura... Los sacerdotes no suelen ser muy atractivos.

–Este sí. Adam fue jugador de rugby en Oxford.
–¿En los años sesenta?
–Te equivocas. Es joven. Yo diría que tiene alrededor de treinta años.
–Pero seguro que tiene rota la nariz.
–No, en absoluto. Por cierto, Reece, hay algo que quería preguntarte…
–Adelante.
–¿Es verdad lo que me ha dicho Nick?
–¿Qué te ha dicho?
–Que eres multimillonario.
–Sí, es verdad.
Darcy siempre había sabido en el fondo que aquel hombre no pertenecía a su mundo, pero intentó no parecer decepcionada. Esperaba que Nick se equivocara. Sin embargo, en ese momento era evidente que no podía dejarse llevar por sus ensoñaciones con él.
–Y supongo que también eres famoso –dijo en tono de acusación.
–Obviamente, no tanto como creía.
–No te ofendas. No suelo leer las páginas de economía de los periódicos.
–¿Y Nick sí?
–No. Es periodista de deportes.
Reece rio.
–Creo que estás siendo algo severa. Una vez conocí a un periodista de deportes que había leído un libro.
Darcy sonrió.
–¿A qué te dedicas? ¿Trabajas con inmobiliarias? ¿Por eso has venido a la vieja mansión?
–Sí, mi empresa tiene negocios inmobiliarios.
Reece no se molestó en añadir que entre sus negocios no se encontraba la renovación de mansiones de zonas rurales como aquella. Poseía varios hoteles de lujo en diversas capitales de todo el mundo, así como edificios de oficinas e incluso estadios deportivos.
–Entonces, ¿eres algo así como un promotor inmobiliario?
–Ese es uno de los aspectos donde nos hemos diversificado durante los últimos años.
–¿Hemos? ¿Por qué hablas en plural?

–Porque no es un negocio de una sola persona. Mi hermana Kate trabaja directamente en la gestión de la cadena de hoteles y mi primo Declan se nos acaba de unir. En cuanto a mi hermano pequeño, acaba de terminar la carrera y espero que...

–¡Pero si me dijiste que no tenías familia! –exclamó.

–¿Yo hice eso?

–Sí.

–Bueno, son encantadores pero algo pesados, sobre todo en Navidad. ¿No has deseado nunca se hija única?

–Cuando estoy cerca de Nick, sí.

–Oh, vamos, solo intenta protegerte.

Darcy no podía creer que Reece estuviera defendiendo a Nick.

–¿Olvidas que intenta protegerme de ti?

–No lo olvido. Tengo la desagradable sensación, cuando está cerca, de que va a preguntarme cuáles son mis intenciones contigo.

–Ya lo sabe. Ese es el problema.

Reece la miró y pensó que cada vez que la miraba, la deseaba con todas sus fuerzas.

–Pues tal vez podría decírmelo.

–¿Cómo?

–Que tu hermano podría decirme lo que siento por ti ya que tanto le interesa. Pero entonces tendría que decir que no puedo mirarte sin querer susurrarte cosas al oído. Que no puedo ver tu boca sin...

–Basta ya. Si sigues así, nos estrellaremos.

–En ese caso tal vez sería mejor que aparques en algún lado. Preferiblemente, en un lugar tranquilo y alejado.

–No quiero que me digas esas cosas. Parece que no tienes nada mejor que hacer que molestarme.

Reece suspiró.

–De hecho, he traído trabajo conmigo.

–Me siento honrada –se burló.

–¿Siempre les has puesto las cosas tan difíciles a tus novios?

–Tú no eres mi novio. Ni siquiera eres mi amigo.

–Soy tu amante.

–Solo de una noche. Escucha, Reece, comprendo que puedas hacerte ilusiones, pero lo de anoche no fue...

Reece la interrumpió:

–No te creo.

–Normalmente no actúo de ese modo.

–Entonces, eso quiere decir que lo de anoche fue especial.

–Fue una locura, un error. Comprendo perfectamente que otras personas tengan una manera distinta de hacer las cosas, pero no es la mía.

–Yo diría que sí.

–¿Es que no has oído nada de lo que he dicho?

–Has hecho mucho ruido, pero no me has rechazado.

–¿Y eso bastaría?

–Lo creas o no, sí.

La tensión del ambiente era tal que ella decidió cambiar de tema para aliviarla un poco.

–No te has puesto el cinturón de seguridad.

–No puedo. Me duelen las costillas.

–No seas tan quejica.

–Está bien, me lo pondré, tú eres la jefa... Pero sobre lo de anoche...

–No sigas. Además, ¿se puede saber por qué has venido a este lugar?

–Tal vez me cansé de que la gente se empeñara en rehabilitarme.

Darcy no lo comprendió.

–No te entiendo.

–No importa. Prefiero que sea así por el momento.

En el vivero solo había un puñado de personas. El individuo que parecía ser el dueño del establecimiento se acercó en cuanto los vio y saludó a Darcy de manera muy amistosa.

–Te presento a Richard Stenning, mi padrino. Tío Rick, te presento a Reece. Y antes de que digas nada, te advierto que no es mi novio.

–Pero intento serlo –dijo Reece.

Los dos hombres se miraron con complicidad. Pero Darcy no lo encontró nada divertido.

–Estaba pensando en uno de metro noventa, aproximadamente –dijo ella entonces.

–Yo tengo dos centímetros menos –dijo Reece.

–Me refería al árbol de Navidad, estúpido.

Richard los miró con benevolencia.

–Ven conmigo, Darcy. Creo que tengo lo que quieres.

Darcy dudó que su tío tuviera lo que quería. Porque solo quería una cosa: un hombre de ojos verdes, moreno y con la altura exacta de Reece. Pero de todas formas lo siguió, compraron el árbol y poco después lo dejaron en el todoterreno.

–¿Os apetece tomar un pastel de carne? –preguntó Richard.

Reece se inclinó sobre ella y murmuró a su oído:

–¿Es una tradición familiar?

Darcy hizo caso omiso y respondió a su tío:

–Por supuesto, no me la perdería por nada del mundo. Sin embargo, esta vez no puedo tomarme un jerez. Tengo que conducir.

–¿Y usted, señor Erskine?

–Sí, yo tomaré uno, gracias.

Darcy probó el pastel y dijo que estaba muy bueno aunque no lo creía en absoluto. El problema con los pasteles que preparaba su tía Grace era que tenían un aspecto magnífico pero estaban duros como piedras.

–La tía Grace ha mejorado aún más este año –mintió.

–Está delicioso –dijo Reece.

–¿Quieres más, Reece?

–Me encantaría, pero no quiero comer demasiado. He reservado mesa para llevar a Darcy a comer.

–Vaya, no lo sabía...

–Era una sorpresa, querida –dijo, mirando su reloj–. Y por cierto, deberíamos marcharnos. Se está haciendo tarde.

–¿Adónde vamos, querido? –preguntó.

–A tu lugar preferido, adónde si no –dijo él.

–Entonces será mejor que os marchéis –intervino Richard–. Saluda a la familia de mi parte.

–Lo haré, tío Rick. Hasta la vista...

Darcy besó a su tío, pero antes de alejarse, dijo a Reece

–No te has terminado el jerez.

–Es cierto.

Reece se lo bebió de golpe. No era muy bueno y sabía a medicina.

Cuando se alejaron de allí, él preguntó:

–¿Qué ha sido eso? ¿Una prueba o algún tipo de ceremonia de iniciación?

–Algo parecido. Mi tío solo ofrece pastel y jerez a sus clientes más valiosos y a sus amigos.

–Me sorprende que le quede algún amigo.

–Cállate. Podría oírte.

–¿Qué es eso que he bebido?

–Jerez.

–De eso, nada. He tomado mucho jerez y eso no se parecía nada.

–Bueno, tal vez se podría definir como vino enriquecido.

–Y que lo digas. Pero ¿qué te parece si vamos a tu sitio preferido? –bromeó.

–¿Y qué te parece si te dejo en la parada de autobuses más cercana? Oh, lo siento. Olvidaba que estoy con un hombre acostumbrado a viajar en limusina.

–Te equivocas, prefiero viajar en helicóptero. Pero ¿te das cuenta de que mantenemos casi todas nuestras conversaciones al volante de un coche?

–¿Es que no te gusta cómo conduzco?

–Conduces muy bien cuando miras la carretera. Pero estaría bien que pudiéramos mantener una conversación, por una vez, sin poner nuestras vidas en peligro.

–Claro, porque crees que si me besas estaré dispuesta a todo.

–Desde donde estoy sentado ahora mismo, eso me parece una revelación en lugar de un problema.

Darcy ya tenía bastantes revelaciones. Le costaba mucho conducir porque no podía quitarse a aquel hombre del pensamiento. Era tan desesperante que frenó, paró el vehículo y salió de él sin molestarse en apagar el motor. Pero Reece lo apagó por ella y la siguió al exterior.

–¡Márchate! –protestó ella.

–¿Te encuentras bien?

–Obviamente no. No soporto pasar más tiempo contigo en el interior de un coche.

–Es bastante intenso, ¿verdad?

–¿Estás diciendo que tú también te sientes incómodo? –preguntó con asombro.

–Sí. No puedo dejar de pensar en lo que pasó anoche ni en lo

mucho que deseo que vuelva a pasar.

–Solo fue una experiencia sexual.

–Una experiencia excepcional –puntualizó él–. Además, todas las relaciones comienzan de algún modo.

–¿Relaciones? No quieres mantener ninguna relación.

–¿Y cómo sabes lo que yo quiero?

–¿Es que sabes lo que quieres?

–Tal vez no. Bueno, no. No quiero una relación. Pero tampoco me gusta el celibato. Lo único que sé es que te deseo.

En aquel momento se miraron y ella sintió que el oxígeno desaparecía rápidamente de sus pulmones. Sus pensamientos eran un completo caos e intentó convencerse de que no debía dejarse seducir por un hombre que le hablaba de aquel modo, aunque se llamara Reece Erskine.

–Es un bonito cumplido.

–No pretendía hacer ningún cumplido –dijo Reece, sin poder apartar la vista de ella.

–Entonces, ¿qué pretendías hacer, además de volverme loca? Yo no tengo ni tiempo ni energía ni ganas de mantener una aventura vacacional.

–Pero estás de vacaciones.

–Mi madre se ha marchado, mi padre necesita atención constante y varias docenas de familiares van a venir en cualquier momento y ni siquiera he preparado comida –declaró, con ojos llenos de lágrimas.

Reece se acercó a la mujer y la abrazó.

–¿Intentas decirme que este no es un buen momento para nosotros?

Darcy quería llorar. Se sentía frustrada y se dijo que por muy bien que se sintiera entre sus brazos, solo estaba dejándose dominar por sus hormonas. De haber deseado una simple relación sexual con él, no habría tenido ninguna queja: era un amante perfecto. Pero quería llegar más lejos y no podía olvidar lo que había sucedido con Michael. No olvidaba que un día su esposa había llamado a su puerta, con sus hijos, para rogarle que no le robara el marido. Ella no sabía que estaba casado, y él se limitó a decirle que no se lo había contado porque no quería hacerle daño.

–Estás realmente preocupada por tu madre, ¿verdad?

La pregunta de Reece la devolvió a la realidad.

–¿Te importa? Oh, vamos, lo único que te importa es acostarte conmigo.

El comentario de Darcy molestó mucho a Reece, pero a pesar de todo intentó controlar su enfado.

–Mira, no sé cuánto tiempo puede durar nuestra relación. Tal vez días, meses, quién sabe. Pero deberíamos hacer algo para descubrirlo. De lo contrario siempre nos arrepentiremos por no haberlo intentado. Sé que te sientes culpable por lo de anoche, pero no tiene sentido que te castigues con ello.

–No me castigaría si no me lo recordaras constantemente.

–No niego que te deseo y que quiero volver a acostarme contigo. Sin embargo, no he dicho que quiera limitar nuestra relación a la cama –declaró Reece–. Es obvio que estás preocupada con el asunto de tu madre y tal vez te sentirías mejor si hablaras con alguien que no está involucrado directamente en el problema. No soy totalmente insensible.

Darcy lo miró y supo que estaba siendo sincero.

–Hablé con ella el día antes de que se marchara y no me dijo que tuviera ningún problema...

–¿Crees que has hecho algo malo?

–Yo no, pero tal vez sí lo hemos todos nosotros. Me refiero a la familia. De lo contrario, ¿por qué se marcharía antes de Navidad? Se ha asegurado de que no podamos ponernos en contacto con ella.

–Quizá el problema sea suyo.

–Sea como sea, la familia está para estas cosas. Cuando la necesitas, no te cierras en ti misma. Además, ese comportamiento no es típico de ella. Mi pobre padrastro está convencido de que es culpa suya.

–Pero tú no lo crees.

–No. Y no entiendo cómo se ha podido marchar sin hablar con nosotros.

–Entonces tendrás que preguntárselo cuando regrese.

–Si es que regresa...

–¿No sabes cuánto tiempo va a estar fuera?

–No, así que estoy intentando que todo salga como si ella estuviera aquí.

–Acabarás en la tumba si sigues así, Darcy. El secreto de saber

dirigir está en saber delegar. Deberías intentarlo. Tal vez así descubrieras que tienes tiempo para llevar una vida propia. Y como sabes, estoy personalmente interesado en ello.

–¿Y cómo voy a hacerlo?

–¿Quieres saberlo?

Darcy sonrió.

–Si no quisiera, no lo habría preguntado.

–Haz una lista de las cosas que tienes que hacer. Encárgate de lo que puedas y reparte el resto de los trabajos entre los demás. Y no me digas que no eres capaz de dar órdenes, porque sabes hacerlo de sobra. De hecho, me das bastantes órdenes y me gusta. En algunos momentos, me agradas.

–¿Y el resto del tiempo?

–Quiero estrangularte.

–¿Ahora quieres estrangularme?

–No. Ahora quiero otra cosa. Hacía mucho tiempo que no deseaba despertar tumbado junto a otra persona.

–¿Me estás diciendo que eres célibe?

–No, por supuesto que no. Pero desear acostarme con alguien no es lo mismo que desear despertar con alguien. El sexo es solo algo que incluyo en mi agenda, como todo lo demás.

–Eso suena terrible.

–Ya me lo habían dicho antes.

–Quieres besarme –dijo como afirmación, no como pregunta.

–Para empezar, sí –confesó él.

–Pues entonces, hazlo.

Darcy no tuvo que esperar demasiado. Reece se inclinó sobre ella y la besó mientras le acariciaba la espalda. Darcy se aferró a él, pero enseguida recordó sus heridas.

–Oh, lo siento, te he hecho daño.

–Si no puedo soportarlo, te lo diré.

–Yo no creo que pueda soportar mucho más que esto. Te deseo demasiado.

Darcy no sabía lo que le estaba pasando. Después de su experiencia con Michael había sido muy cauta, incluso hasta extremos patológicos. Se preguntó si su amiga Jennifer aprobaría el comportamiento de la nueva Darcy, una mujer apasionada completamente capaz de dejarse llevar por el deseo. Pero no le

importó. Necesitaba acción, no análisis. Necesitaba a Reece.

–¿Quiere esto decir que dejaras de intentar alejarme de tu vida?

–No recuerdo haber hecho eso.

Reece le acarició el cuello y volvió a besarla mientras ella se apretaba con fuerza contra él. Al sentir su erección, se preguntó si estaría permanentemente excitado.

–Teniendo en cuenta lo que sucede entre nosotros, tal vez sería mejor que continuáramos en otra parte –comentó él, de repente–. ¿Crees que podrías conducir?

Darcy asintió con fuerza. Deseaba tanto acostarse con él que habría sido capaz de volar para hacerlo en aquel preciso instante.

Capítulo 6

Durante la tarde cayeron unos cuantos copos de nieve, y cuando Darcy regresó a casa para decorar el árbol de Navidad ya había desaparecido casi todo su sentimiento de culpabilidad.

Se limpió las botas antes de entrar en la casa por la puerta de la cocina. No era exactamente que quisiera entrar en la casa de un modo furtivo; se sentía más confusa que avergonzada, pero había ciertas cosas de las que no le apetecía hablar con su familia.

–¿Dónde has estado?

Obviamente, el truco de entrar por detrás no le había servido de nada.

Toda su familia, menos su madre, estaba sentada a la mesa de la cocina. Y entre los presentes se encontraba Clare.

–Clare, ya has llegado...

Si Clare notó la falta de entusiasmo de Darcy, no dijo nada.

–Por fin llegas –intervino Nick–. Espero que no tuvieras problemas para elegir el árbol.

–Eso no tiene importancia, Nick –dijo Clare, saliendo en su defensa.

–¿Has tenido un buen viaje, Clare?

–Por si no lo habías notado, está nevando –dijo Clare, echando hacia atrás su rubia cabellera–. Y además, al llegar he sabido lo de mi madre.

–También es nuestra madre –dijo Harry.

–¡Cállate, Harry! ¿Por qué no me dijo nadie lo que había pasado? –preguntó Clare, obviamente molesta.

–No queríamos entristecerte –dijo Jack.

–Pues lo estoy.

–¿Has recordado recoger el pedido de la granja, Nick? –preguntó entonces Darcy.

–¿Cómo puedes actuar como si no pasara nada, Darcy?

–¿Y cómo quieres que me comporte? Mamá es una mujer madura y no podemos traerla contra su voluntad. Tendremos que

esperar. Además, sentarnos aquí a llorarla no nos va a servir de nada.

Clare se sorprendió tanto como la propia Darcy. No era nada habitual que Darcy levantara la voz a su hermanastra, y por otra parte, tampoco era muy justo; Clare era una mujer egoísta y un poco superficial, pero también era encantadora, generosa y no tan dura como aparentaba ser.

Clare se levantó y Darcy la miró. Era una mujer extremadamente bella, pero no tenía ninguna intención de vivir de su belleza aunque le habría resultado muy fácil. Gracias a la ayuda económica de sus padres, sus sueños se habían hecho realidad y ahora era diseñadora de moda. Había inaugurado su empresa después de terminar la carrera y estaba a punto de crear su propia marca.

–Todos la echamos de menos, Clare –dijo Darcy.

–Lo siento. Siento haber dicho eso. Pero, cambiando de tema, ¿es verdad lo que dice Nick?

–¿Qué dice Nick?

–Que Reece Erskine se aloja en la vieja mansión. Pero no lo creo. Me está tomando el pelo, ¿verdad?

–No. Es cierto. Se aloja en la mansión.

–¿Por qué? No lo entiendo. Pero da igual, es maravilloso...

Darcy se quedó un tanto confundida.

–¿Maravilloso?

–¡Por supuesto que sí! ¿Lo has invitado a cenar, Darcy? Oh, seguro que no lo has hecho. Desde luego... ¿en qué estabas pensando?

–No he tenido tiempo de organizar ninguna cena, Clare.

–Pues habrá que hacerlo. Además, podríamos invitarlo a quedarse aquí. Según dice papá, la mansión no está en buen estado. Bueno, ¿qué os parece? –preguntó, algo sorprendida por el silencio de todo el mundo.

Jack se levantó de repente, puso una mano sobre uno de los hombros de Darcy y dijo:

–Me voy.

–¿Por qué te parece tan maravilloso? –preguntó entonces Charlie.

–¿Es que no lo sabéis? Es uno de los hombres más ricos del país. Heredó una enorme fortuna de su abuelo y la ha triplicado.

–Eso explica el cochazo que tiene aparcado delante de la casa –dijo Harry.

–¿Habéis estado espiándolo?

–No, Darcy –respondió Harry–. Nadie ha estado espiándolo. Pero vimos a los tipos que le llevaron una cama hace rato. Así que imagino que piensa quedarse allí.

–¿Es tan atractivo como dicen?

–Pensaba que estabas más interesada en su dinero –dijo Harry–. Pero no te preocupes. En cuanto te vea, querrá acostarse contigo y repartir su fortuna.

Darcy sintió una punzada en el corazón. Clare era mucho más atractiva que ella y tuvo miedo de que Reece, al verla, decidiera que a su lado resultaba muy poco llamativa.

–¿Qué te hace pensar que no tiene novia o algo así? –preguntó Charlie.

–Sois terribles, chicos. ¿Tiene novia, Darcy?

–¿Cómo quieres que lo sepa? –disimuló.

–Bueno, has estado con él más tiempo que los demás.

–No he discutido con él acerca de su vida personal, Clare –espetó, intentando controlarse.

–Pues no puedo creer que hayas desperdiciado todo ese tiempo que has pasado con él, según me han dicho.

–Yo no diría que lo he desperdiciado.

–Oh, eres una inútil, Darcy.

–He hecho algunas averiguaciones sobre él –intervino su hermano mayor.

–Pues cuéntame...

–·Es viudo –dijo Nick.

–¡Excelente!

–Clare...

–No hay nada más terrible que una mujer dispuesta a salir de cacería –comentó Nick en aquel momento.

–Pensaba que salir de caza era tu pasatiempo preferido, Nick –dijo Darcy, saliendo en defensa de su hermanastra.

Nick sonrió.

–Pero al igual que tú, siempre procuro actuar de forma justa –declaró el hombre–. Aunque vaya en contra de mis intereses.

–Bueno, no os enfadéis el uno con el otro –intervino Clare–. Es

que es una gran oportunidad para mí. No es que vaya a proponerle el matrimonio ni nada por estilo, pero... ¿Os imagináis lo bien que estaría que me vieran con él? Sería una publicidad excelente para mi empresa. Podría ser el golpe de suerte que estábamos esperando. Y sería perfectamente legítimo.

–Papá se enfadará si te oye.

–Pero no puede oírme. Y lo que no sepa, no le hará ningún daño.

A menos que vosotros se lo digáis...

–No te preocupes. Te comprendo –dijo Nick–. Para una joven diseñadora sería muy útil aparecer en lugares públicos con Reece.

–¡No la animes! –protestó Darcy.

–Por fin hay alguien que me entiende.

–Pero es posible que él no quiera prestarse a ese juego, Clare – dijo Nick.

–Siempre hay formas de conseguir las cosas y tú lo sabes.

Darcy sabía que su hermanastra era muy ambiciosa, pero no podía creer lo que estaba escuchando.

–¿Quieres decir que serías capaz de filtrar algo a la prensa solo para salir en las noticias con él?

–No te preocupes por los detalles, Darcy.

–Creo que te estás excediendo, hermana. Ni siquiera te lo hemos presentado todavía y por supuesto no se va a quedar aquí. No tenemos sitio y tendremos aún menos cuando lleguen la abuela, Beth y los niños.

–Ya lo he pensado. Podrías compartir la habitación de los niños en el ático y yo podría dormir con la abuela. Sería lo mejor.

–¿Y qué te hace pensar que estoy dispuesta a ayudarte? No me parece nada bien lo que estás pensando. Es calculador y muy poco ético.

Clare apretó los labios.

–Y tú estás siendo muy egoísta. Mamá y papá invirtieron mucho dinero en mi negocio y les debo mucho. No tengo intención de atrapar a ese hombre, pero si puedo sacarle algo, ¿por qué no hacerlo? –preguntó, con ojos llenos de lágrimas–. Tal vez no tenga principios tan firmes como los tuyos, pero me divertiré y él también se divertirá.

La idea de que Clare y Reece se divirtieran juntos no le agradaba en absoluto, pero no dijo nada. En aquel momento regresó Jack con

cara de preocupación.

–¿Qué pasa, papá? –preguntó Nick.

–Ha llamado tu madre. Vuelve a casa.

–Gracias a Dios... –dijo Darcy–. ¿Ha dicho por qué?

–No, solo ha dicho que quiere hablar. Eso es bueno, ¿no?

–Muy bueno –respondió Darcy, aunque no estaba nada segura.

–Estará aquí mañana por la mañana.

Darcy ya no podía soportar la tensión por más tiempo, así que se excusó para poder salir de la casa:

–En fin, voy a recoger el árbol de Navidad.

Pocos segundos después, Nick se unió a ella.

–Son buenas noticias, ¿no te parece?

–Por supuesto.

–En cuanto a Clare...

–No quiero hablar de Clare.

–Sé que no estaba hablando en serio.

–Totalmente no. Pero en parte, sí. Y eso es demasiado.

–Las cosas no le están saliendo tan bien con el diseño como ella pensaba. No conozco los detalles, pero lo sé.

Darcy lo miró, sorprendida.

–No lo sabía.

–Solo lo sé yo, porque se encontraba en un estado lamentable cuando hablé con ella hace una semana.

–¿Crees que está tan desesperada como para...?

–¿Acostarse con Reece para solucionar su problema? No lo creo.

Darcy no quería pensar en ello. No quería plantearse la posibilidad de que su propia hermanastra se quisiera acostar con su amante. Se sentía muy celosa y no le gustaba en absoluto.

–¿Puedes ayudarme con el árbol?

–Claro. Si querías que te ayudara, solo tenías que pedírmelo. Los gemelos nunca están cerca cuando se los necesita.

–Y siempre lo están cuando no se los necesita.

Ya les faltaba poco para llegar a la puerta de la casa cuando Nick dejó el árbol en el suelo, se volvió hacia su hermana y declaró:

–No le he contado a Clare todo lo que sé sobre Erskine.

–¿Y de dónde has sacado la información?

–Está en los periódicos, Darcy. ¿Quieres saberlo?

Ella se encogió de hombros.

–Bueno, si no te interesa...

–¡Claro que me interesa! –exclamó, rindiéndose por fin.

–Al parecer, se casó con una mujer que había conocido en la infancia. Pero murió hace cinco años, el día de Navidad.

Darcy cerró los ojos. Ahora comprendía por qué odiaba tanto las navidades.

–Y eso no es todo –continuó él–. Estaba embarazada.

–¿Cómo?

–Hubo un accidente en una calle. Una moto salió despedida hacia la acera en el preciso momento en que pasaban Reece y ella, cogidos de la mano. A él no le hizo nada, pero a ella la arrolló. Vio cómo moría, delante de sus ojos.

Darcy estaba horrorizada. Era tan terrible que se quedó sin respiración.

–Murió instantáneamente –continuo él–, pero a pesar de eso, él intentó reanimarla. Cuando llegó la ambulancia, cinco enfermeros tuvieron que alejarlo del cadáver porque se resistía con todas sus fuerzas. Tuvo el peor día de su vida en plena Navidad. Da qué pensar, ¿no te parece?

–¿Qué quieres decir?

–Nada. Solo que a un hombre como él hay que tratarlo con cuidado.

–Tal vez deberías decírselo a Clare.

–No. Clare cree que es más irresistible de lo que realmente es.

–Eso solo lo dices porque eres su hermano mayor.

Darcy volvió a sentirse muy celosa. Pensara lo que pensara Nick, Reece no era hermano de Clare.

Darcy se echó el pelo hacia atrás y contempló la decoración del árbol navideño. Acababa de oír que la puerta de la casa se había abierto a sus espaldas.

–¿Podéis encender la luz? –preguntó–. Está oscureciendo.

–Es cierto –dijo una voz muy familiar.

La mujer se dio la vuelta y miró a Reece.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–¿Siempre saludas a tus amantes de un modo tan cariñoso?

–Calla. Alguien podría oírte.

El gesto de Reece dejó bien claro que le importaba muy poco lo que pensaran los demás. La tomó de la mano y ella quiso apartarse, pero él se la besó.

–¿Qué haces aquí? –volvió a preguntar.

–Llamé a la puerta y me han dicho que estabas aquí.

–¿Quién te lo ha dicho?

–Uno de los gemelos, no sé cuál.

–Pensé que podía haber sido mi hermanastra, Clare.

–¿Clare? ¿Una mujer rubia, alta y muy insistente?

–Ya veo que os habéis encontrado.

–No exactamente. La vi a través de la ventana de mi casa. Estaba llamando a la puerta.

–Pero si no tienes puerta...

–Ahora sí, y también tengo electricidad. Pensé que si iba a quedarme no era necesario sufrir más, así que hice unas cuantas llamadas telefónicas.

–¿Y no abriste a mi hermana?

–Te recuerdo que vine aquí para estar tranquilo.

–Pensé que solo era porque odiabas las navidades.

–Pues no es así.

–En tal caso, ¿por qué buscas mi compañía? Yo también soy una persona.

–Sí, pero tú eres especial.

Darcy se estremeció. No quería hacerse ilusiones con él. Cuando no estaba a su lado, conseguía convencerse de que era perfectamente capaz de superar su deseo. Pero su presencia bastaba para hundir todas sus buenas intenciones.

–¿Por qué has venido, Reece?

–¿Te refieres a esta casa? ¿O estás hablando de nuestra relación? –preguntó él–. Te noto extraña, Darcy. ¿Qué ha pasado?

–Nada.

–Entonces, ¿por qué no me miras? Mírame –ordenó.

Darcy lo hizo.

–Nick me contó lo de Joanne. Lo siento muchísimo, Reece.

–Comprendo. Y ahora, quieres animarme y conseguir que lo olvide –declaró con seriedad.

–No. No lo olvidarás nunca y es lógico que no quieras hacerlo. Pero me preocupa mantener una relación con una persona que lleva

un peso tan grande a sus espaldas.

–¿A qué te refieres? ¿A la angustia, al dolor? –preguntó él, arqueando una ceja.

–No pretendía sonar grosera.

–No te disculpes por ser sincera, Darcy.

Darcy no dijo nada.

–Oh, lo siento.

–¿Por qué? –preguntó ella.

–Me estoy poniendo a la defensiva sin querer. Además, te debo una disculpa. Al principio pensé que eras la típica mujer que está deseando cazar a alguien para casarse y tener hijos.

–¿Yo? Ni siquiera me he planteado algo así.

–Es posible. De todas formas, las cosas ocurren cuando menos te lo esperas.

–¿Eso es lo que pasó contigo y con tu difunta esposa? –preguntó, antes de pensar lo que estaba diciendo–. Discúlpame, no pretendía entrometerme en tu vida.

–Joanne y yo estábamos hechos para vivir juntos. Nuestros padres tenían una relación muy cercana. La primera vez que me propuso casarme con ella, tenía siete años. La siguiente vez fui yo quien lo propuso, mucho tiempo después. Pero esas cosas solo pasan una vez.

–¿Y después?

–Después, todo ha terminado. Pero hay otras cosas. Como el sexo.

Darcy supo que Reece se estaba condenando a un futuro oscuro y que de paso la estaba condenando a ella. Pero no podía evitar desearlo.

–¿Y eso es suficiente para ti? Me parece muy triste. Estás intentando llenar un hueco en tu existencia con una simple diversión.

–Hablas como mi madre.

–Para mí, el sexo no es suficiente, Reece.

–Pensé que disfrutabas con ello –dijo, algo dolido.

–Al principio sí, pero ahora no.

–¿Cambiarías de opinión si convirtiéramos nuestra relación en algo más formal?

–¿Más formal?

–Sí. En una relación exclusiva. Solos tú y yo.

–¿Quieres decir que no te acostarías con nadie más?

–Quiero decir que ninguno de los dos se acostaría con nadie más –puntualizó.

–Eso sería un gran sacrificio.

–A mí me parece lógico. Los dos queremos las mismas cosas. Tú no quieres comprometerme y yo ya he pasado ese momento –declaró él–. ¿O es que sigues pensando que no soy un desastre emocionalmente hablando?

–Bueno, no se puede negar que llevas muy bien encaminada tu vida laboral. Pero la emocional...

–Ya veo que Nick te ha contado muchas cosas.

–Sí. Mencionó que ni siquiera dejaste de trabajar después del accidente.

–Es verdad. Y parte de la prensa no me perdonó por haber seguido viviendo después de la muerte de Joanne. Pero no me siento cómodo con el papel de héroe trágico. El interés de lo periodistas por la vida privada de las personas es ilimitado. Empezaron a investigar y a preguntar por mí a prácticamente cualquier persona, incluso a personas cuya relación conmigo se limitaba a saludarme.

–No tienes que explicar nada. Supongo que te concentraste en el trabajo para no pensar en ello.

–Sí, esa era la teoría, pero no siempre funciona. Además, mi falta de cooperación con la prensa solo sirvió para aumentar su interés, y alguna de mis ex amantes se ha hecho rica vendiéndoles información de todo tipo.

–¿Estás intentando decirme que mantener una relación contigo podría resultarme muy conveniente?

–Maldita sea, claro que no. No hablaba de ti.

–Será mejor que no.

–Estás enfadada conmigo. Pero ¿por qué?

–¿De dónde has sacado que estoy enfadada contigo? –preguntó con ironía.

–Deja que te lleve a cenar y podremos hablar tranquilamente.

Darcy no quería seguir hablando con él.

–No quiero cenar contigo.

–¿Por qué?

–Tengo muchas cosas que hacer.

–Pero también tienes que comer.

–Además, es la primera noche de Clare en casa.

–Oh, vamos. He reservado una mesa a las ocho y media. Aún tienes veinte minutos para vestirte.

–¿La gente siempre hace lo que tú quieres que hagan?

–Ya solo te quedan diecinueve minutos.

–No reacciono bien ante los ultimátums –le advirtió, con una sonrisa–. Además, tú no puedes conducir y yo le he prestado el coche a los chicos esta noche.

–Buen intento, pero no te ha servido de nada. He contratado a un chófer.

–¿Y no le parece un poco extraño que vivas en esa mansión destartalada?

–No lo sé, no se lo he preguntado. Pero te diré que la excentricidad solo está mal vista cuando no se tiene dinero, Darcy.

–Es una forma un tanto dura de ver las cosas.

–Lo creas o no, el mundo funciona así.

–Cierto, pero eso no quiere decir que me guste.

–Es verdad, no tiene que gustarte. Soy quien tiene que gustarte. ¿Te gusto?

La pregunta la sorprendió y la incomodó. Pero no tanto como la intensidad de su mirada.

–¿Que si me gustas? –acertó a preguntar–. Ni siquiera te conozco.

Por un momento, Darcy pensó que Reece iba a insistir en el asunto. Pero no lo hizo y cambió de tema.

–Bueno, tengo hambre y me debes una comida –dijo con una sonrisa.

–Pero todavía no he terminado de decorar el árbol de Navidad...

–Yo diría que está muy bien así. Le has puesto tantas cosas que si añades una más es posible que se hunda –declaró él.

–Mi madre siempre coloca todos los adornos que hemos ido acumulando desde la infancia. Cada uno de ellos tiene su propia historia.

–Sí, pero los árboles solo pueden soportar cierto peso...

Darcy pensó que ella también tenía un límite con la proximidad de Reece que podía soportar. Al sentir el roce de su mano en un

hombro, sintió una descarga eléctrica por todo su cuerpo.

–No puedo…

La mujer no terminó la frase. Como dominada por una fuerza oculta, comenzó a mirarlo desde los pies hacia arriba y se detuvo en su entrepierna. Estaba excitado, no cabía duda alguna. Quiso pedir socorro, pero naturalmente nadie fue en su ayuda.

–¿Ibas a decir que no puedes estar sin tocarme?

–No iba a decir eso.

–No es necesario.

–¿Tanto se nota? Pues bien, no pienso ir a cenar contigo.

–Por supuesto que vendrás.

–No voy a ir porque no tenemos nada de lo que hablar.

–Está bien, en tal caso no hablaremos. En lugar de hablar, podemos hacer esto.

Darcy cerró los ojos cuando él la besó y sintió que perdía el escaso control que aún tenía sobre sus emociones. Segundos más tarde, oyó un sonido inconfundible. Eran los tacones de los zapatos de Clare.

–Oh, vaya, no sabía que estuvieras acompañada, Darcy…

–Tienes el pelo revuelto, Reece –dijo Darcy.

–Gracias –dijo él, mientras se lo arreglaba–. Tú debes de ser Clare… Encantado de conocerte. Vamos, Darcy, ve a cambiarte de ropa. Clare me entretendrá mientras tanto.

–¿No te gusta el aspecto que tengo ahora? –preguntó Darcy.

En aquel momento, Darcy pensó que invitar a un hombre a mirar su cuerpo cuando se encontraba en la misma habitación que Clare era muy mala idea. Solo tenía que compararlas para saber que mantenía una relación con la hermana equivocada. Por suerte, Nick apareció justo entonces.

–Ah, estáis aquí –dijo, aparentemente ajeno a la tensión de la escena.

–Charlie mencionó que Reece había venido para intentar seducirte.

–¿Cómo? –preguntó Darcy, asombrada.

–Bueno, me preguntó qué iba a hacer y le dije la verdad –respondió Reece–. ¿Querías que mintiera?

–¡Por supuesto que sí!

–Bueno, supongo que ahora tienes las cosas más claras. ¿Verdad,

Clare?
–Yo…
Clare se puso a llorar y salió de la habitación.
–¿He dicho algo malo? –preguntó Nick.
–No te hagas el gracioso, Nick. Ahora tendré que ir a consolarla.
–¿Y echar sal en la herida?
–¿Qué herida? –preguntó Reece.
Los dos hermanos se miraron, pero no dijeron nada.
–Voy a llevar a tu hermana a cenar.
–Mientras no la lleves a montar, por mí está bien.
–No, no está bien, no pienso ir con él a ninguna parte. Y en cuanto a ti, Nick, no necesito ninguna celestina. Soy capaz de cuidar de mí misma.
–No siempre lo has sido.
–¿Qué ha querido decir con eso? –preguntó Reece en cuanto Nick se marchó.
–Mantuve una relación con alguien que olvidó mencionar que estaba casado.
–¿Y aún lo ves?
–¿A quién?
–A ese tipo.
–No. No sé por qué, pero cuando rompo el matrimonio de alguien, siempre me canso de la relación –dijo con ironía–. Tú eres tan malo como él.
–¿Por qué? Yo no te he engañado. Ni siquiera te he pedido que te cases conmigo.
–Pero quieres que sea tu amante.
–¿Y eso te parece mal? ¿Es que solo estás dispuesta a hacer el amor con alguien a cambio de un anillo?
–En absoluto. Yo me contento con mucho menos.
–¿Entonces?
–Me bastaría con el amor.
–Mira…
–No digas nada, Reece. Sé que amabas a tu esposa y que no podrás amar a nadie más, o eso es al menos lo que crees. Pero yo diría que tienes miedo de mirar hacia delante y prefieres quedarte en el pasado.
–Veo que sabes muchas cosas.

–No. De lo único que estoy segura es de que estoy enamorada de ti –declaró de repente.

–¿Qué has dicho?

–Ya me has oído.

Reece abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo, y Darcy salió de la habitación antes de empezar a llorar. Se dirigió a su dormitorio y poco después apareció Clare.

–Lárgate, Clare...

–¿Ya estás preparada para salir?

–No voy a salir –respondió, en plena crisis de nervios.

–Me gustaría explicarte mi comportamiento de antes. Es que ayer tuve una reunión con el representante del banco y... bueno, no sabía lo tuyo con Reece...

–No hay nada entre nosotros.

–Darcy, ¿has estado llorando? –preguntó–. Oh, ¿qué te pasa? No estés triste, seguro que no merece la pena...

Darcy la miró y pensó que si no hubiera merecido la pena, se habría sentido infinitamente mejor.

Capítulo 7

Ya basta. Voy a entrar.

–No, Clare, no lo hagas. Mamá y papá tienen que hablar –dijo Darcy.

–Pero llevan más de un hora ahí dentro. ¿Cuánto tiempo piensan seguir encerrados? –preguntó, mientras se frotaba las manos–. Darcy, no puedo soportar estar aquí sin saber lo que está pasando.

Los hermanos asintieron.

–Bueno, yo tampoco puedo soportarlo.

Nick puso una mano en el pomo de la puerta del salón, donde estaban sus padres desde que Cathy Alexander había regresado, y miró a Darcy. Su hermana se encogió de hombros y Nick abrió la puerta.

–Entrad, hijos –dijo entonces Jack.

Al entrar, Darcy miró a sus padres y de inmediato sintió un intenso alivio. Jack parecía tan feliz como si le hubiera tocado la lotería. Y el rostro de su madre brillaba.

–Vuestra madre tiene noticias maravillosas para vosotros.

–Jack, es posible que a ellos no les parezca tan maravilloso...

–Por supuesto que se lo parecerá –dijo, tomando de la mano a su esposa–. Vuestra madre va a tener un hijo.

–¿Estás bromeando? –preguntó Nick.

–No, no es ninguna broma, Nick. Yo también me sorprendí al saberlo, y me ha costado mucho acostumbrarme a la idea. Sé que habrá que hacer muchos cambios, pero...

–Con nosotros no. Estaremos en la universidad. Pero mamá, pensé que ya no podías tener niños –dijo Charlie.

–Vamos, solo tiene cuarenta y siete años, idiota –protestó Harry.

–Eso es maravilloso –dijo Clare, mientras se acercaba para abrazar a su madre–. ¿No os parece?

–Sí, lo es –respondió Nick, que hasta entonces había permanecido como en trance–. Y desde luego es un gran alivio.

–¿Y a ti, Darcy? ¿Qué te parece? –preguntó Cathy.

–¿A mí? Yo…

–Quiere decir que está encantada –dijo Nick por ella.

Darcy no podía hablar. Al igual que los demás, la sensación de alivio había sido tan intensa que la había dejado fuera de combate.

–Me alegra mucho que estés de vuelta en casa. Pero ¿qué te han dicho los médicos?

–Es verdad, tendrás que ir a un hospital –intervino Clare.

–¿Lo dices por mi edad?

–La edad no tiene nada que ver. Si yo estuviera en tu lugar, querría que me cuidaran con todos los adelantos científicos que existan. Desde luego, no haría ningún caso de las tonterías de Beth sobre partos naturales. Recuerda que Beth acabó dando a luz en el asiento trasero del todoterreno.

–No sabía que supieras tanto de niños –dijo Darcy.

–Que mi carrera me importe no quiere decir que no me gusten los niños. De hecho no me importaría tener unos cuantos cuando llegue el momento.

Las mujeres siguieron hablando de bebés y los hombres decidieron marcharse en cuanto la conversación se hizo demasiado técnica. O como dijo Harry, sencillamente asquerosa.

Reece se estaba limpiando los dientes en la suite del ático del hotel, que había conseguido reservar gracias a una cancelación de última hora. Cuando salió, se dirigió al vestíbulo del establecimiento.

–Espero que todo esté bien, señor –dijo el ayudante del director.

–Sí, todo está perfectamente.

–¿Su esposa piensa…?

–No estoy casado.

Tal vez fuera que sus oídos estaban demasiado sensibles, pero cuanto más lo repetía, menos creía sus propias palabras. Pero llevaba toda la mañana intentando convencer, primero a su madre y después a su hermana, de que no se había casado con nadie. Y supuso que el resto de su familia también lo habría llamado de no haber sido porque dio órdenes expresas de que no lo molestaran más.

No sabía qué era peor, si su decepción inicial al acusarlo de haberse casado sin haberles contado nada, o su decepción al saber

que no se había casado y que todo eran mentiras de la prensa. Pero la culpa era suya. En un momento de debilidad, había llamado a su familia para decirles dónde estaba, quizá empujado por las absurdas e idealistas ideas de Darcy Alexander acerca de la familia.

–No, señor, claro que no –dijo el empleado del hotel.

Sin embargo, el hombre clavó la vista en el titular del periódico que Reece llevaba en el bolsillo, y que decía así:

El multimillonario dueño del Imperio Erskine se casa en secreto. Los recién casados, involucrados en un accidente.

–¡Maldita sea! –exclamó Reece al salir del hotel.

–¿Adónde vamos, jefe? –preguntó su chófer.

–A ninguna parte. Iré yo solo.

–Pero su brazo...

–Está perfectamente.

–Si usted lo dice...

–En efecto, yo lo digo. Tómate libres las navidades.

–Muchas gracias.

–Ah, Andy, una cosa más. Cuando estés conmigo, haz el favor de comprar otro periódico –dijo, mientras dejaba el diario en el coche.

–¿Quiere eso decir que ya no conseguiré el trabajo con su madre?

–¿Tan vengativo crees que soy? No, mejor no contestes a eso.

–No iba a contestar.

–Si consigues el puesto, el trabajo es tuyo –dijo Reece al chófer, antes de poner en marcha el vehículo.

Se dirigía a ver a Darcy Alexander, enfadado. Hasta cierto punto, estaba acostumbrado a que sus conocidos filtraran noticias a la prensa, pero aquello era demasiado y por otra parte nunca habría imaginado que aquella mujer de ojos azules pudiera traicionarlo así. Había creído en ella. Incluso la había creído cuando dijo que estaba enamorada de él, y desde entonces no había tenido un minuto de paz.

No podía creer que le hubiera contado una historia como aquella a la prensa. No tenía sentido, pero pensó que tal vez estaba tan enfadada que había sido una forma de vengarse de él.

En cualquier caso, estaba decidido a averiguarlo a toda costa.

–No sé cuál era problema. Muchas mujeres tienen niños después de cumplir los cuarenta.

–Es cierto, abuela –dijo Darcy.

–Si alguien me hubiera pedido consejo. Pero claro, no lo hicieron.

–Abuela, no le des más vueltas al asunto. Intenta recobrar un poco de espíritu navideño.

La mujer, que no era precisamente una anciana estricta, sonrió.

–Jovencita, en mi época la gente no se atrevía a hablar así a sus mayores. Siempre teníamos miedo de sobrepasarnos.

Todo el clan familiar, menos el pequeño Jamie, que estaba durmiendo, se había acercado para ver a Prudence Emery. Era una de esas ruidosas ocasiones en las que la anciana siempre criticaba la decoración de alguna habitación o se burlaba de Nick diciéndole que estaba perdiendo pelo.

Aprovechando el jaleo, Cathy se llevó a su hija a un aparte y dijo:

–Tienes visita, Darcy. Te está esperando en el salón.

–¿Quién? ¿Es él?

Su madre no dijo nada y ella intentó mantener la compostura. No había razón alguna para creer que el visitante fuera Reece. E incluso aunque fuera él, no significaba que estuviera allí por ninguna razón importante.

–¿Quién es? ¿Es alguien especial? –volvió a preguntar.

–Eso tendrías que decirlo tú.

–Oh, vamos...

–Me sorprendería que no fuera especial para alguien.

–Y dime, madre, ¿esa persona es especial para alguien en concreto? –preguntó, harta de sus juegos.

–Es el caballero que se estuvo alojando en la vieja mansión. Reece Erskine. Un hombre encantador, por cierto.

–¿Y no podrías decirle que no estoy, mamá? –preguntó–. No, claro, tú no harías eso... Está bien, iré.

Darcy se dirigió al salón y abrió la puerta. Reece no la oyó entrar y a la mujer no le pareció extraño con todo el ruido que estaba armando su familia. Había dejado pasar unos cuantos

minutos para tranquilizarse, pero su tranquilidad desapareció en cuanto lo vio de nuevo. Era muy atractivo. Más alto, más guapo y más fuerte de lo que ningún hombre debería ser.

Estaba jugando con el pequeño Jamie, que en aquel momento lo estaba tirando del pelo.

–Hola, Reece. ¿Tu hombro está mejor?

–Sí, mucho mejor –respondió él.

–¡Tía Darcy! –exclamó Jamie–. Ven a jugar con nosotros.

–Ahora no, Jamie. La abuela ya ha llegado. ¿Por qué no vas a verla?

–¿Me ha traído algún regalo?

Darcy sonrió y le acarició la cabeza.

–Quién sabe, es posible.

–Entonces voy a verla. Pero no te vayas, Reece... Darcy, puedes quedarte a jugar con él.

Darcy se ruborizó ante el inocente comentario del niño, que se marchó enseguida, y Reece la devoró con la mirada.

–No te preocupes, no voy a jugar contigo –declaró él.

–No me preocupa. Pero si has venido para ser grosero conmigo...

Reece se metió las manos en los bolsillos del pantalón y la miró.

–¿Has conocido a mi madre? –preguntó ella.

–Sí, es una mujer encantadora. Me imagino que estarás muy contenta ahora que ha vuelto a casa. Me alegro por ti.

–No quiero resultar maleducada, pero ¿qué estás haciendo aquí? No es que no me guste verte, pero...

–Como si no lo supieras.

–Pues no, no lo sé.

–Lo sabes. Lo que no entiendo es qué pretendías ganar con eso.

–¿De qué estás hablando? –preguntó ella.

Reece se pasó una mano por el pelo y apartó la mirada.

–Si lo que crees que he hecho es tan malo que ni siquiera quieres mirarme, creo que tengo derecho a saber qué es –continuó Darcy.

–¿Estás jugando conmigo? Está bien, juguemos entonces.

Darcy se estremeció. Estaba delante del hombre que deseaba y el sonido de su voz bastaba para volverla loca. Sin embargo, él la estaba tratando como si fuera su peor enemigo y no sabía por qué. No podía creer que se comportara de aquella forma solo porque le había dicho que se había enamorado de él, así que puso los brazos

en jarras y lo miró, dispuesto a enfrentarlo.

–No me hables en ese tono –dijo.

–¿Y en qué tono esperas que te hable después de contarle esa ridícula historia a la prensa?

–¿Qué historia?

Reece sacó un periódico del bolsillo y se lo enseñó.

–Supongo que tú también tienes uno. ¿Qué pretendías? ¿Ver tu nombre en un periódico?

–Mira, Reece, por mí puedes seguir acusándome de lo que quieras, pero no llegaremos a ninguna parte. Y si crees que vas a conseguir intimidarme, te equivocas.

–Hablaste con la prensa y les dijiste que nos habíamos casado.

–No seas estúpido...

–¿Tienes idea de lo que has hecho? He estado tres cuartos de hora intentando convencer a mi madre de que esa historia era mentira. Y en cuanto a mi hermana, se empeñó en darme el número de teléfono del diseñador que le hizo su vestido de novia.

Darcy rio. No era lo más apropiado en ese momento, pero no pudo evitarlo. Tomó el periódico y lo leyó.

–Ahora comprendo que estés enfadado. Ni siquiera has salido en portada. Y en cuanto a mí, no se puede decir que haya salido muy favorecida. Pero la culpa es tuya.

–¿Mía?

–Eres tú quien has venido aquí con esa estúpida historia, aunque es más que evidente, después de leer el artículo, que la culpable ha sido aquella chica del hospital. La recepcionista. Obviamente, te reconoció...

–¿Estás diciendo que la recepcionista del hospital filtró la historia que yo mismo me inventé a la prensa?

Darcy se encogió de hombros.

–Yo diría que es mejor candidata que yo. Si hubiera querido cinco minutos de fama, habría encontrado un método más adecuado.

Reece permaneció en silencio, intentando asimilar lo sucedido.

–Ya veo que he metido la pata...

–Sí. Y has sido grosero e insultante.

–Supongo que te debo una disculpa.

–No estaría mal. Te había tomado por un hombre inteligente. Yo

no tengo razón alguna para inventarme una historia. Y por si no lo recuerdas, fuiste tú quien te inventaste esa tontería de que yo era tu esposa.

–Pensaba que era lo que querías. Tal y como has planteado nuestra relación, todo se limita a que no te acostarás conmigo si no nos casamos.

–Me limité a decirte lo que sentía, nada más. Solo quiero una relación donde las dos partes estén abiertas a cualquier posibilidad. ¿Tan terrible te parece? En mi opinión, te estás comportando como un cobarde.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Entiendo que amabas a tu esposa y sé que lo ocurrido fue terrible para ti. Pero la lealtad a su recuerdo no quiere decir que no puedas amar a otras personas.

–¿Tú crees?

–Sí. Tienes miedo de que te vuelvan a hacer daño. Es normal que te sientas inseguro, pero...

–De modo que te parece un simple caso de cobardía –la interrumpió.

–Reece, después de la experiencia que tuve con Michael, podía haber decidido que todos los hombres eran iguales y haber preferido desconfiar de ellos. Pero no lo hice.

–Oh, claro, eres un gran ejemplo para todos. Sin embargo, yo diría que aquí sucede una cosa bien diferente. Tienes miedo de tus propios deseos sexuales y te obligas a ocultarlos tras palabras socialmente aceptables como «amor» y «relación».

–¿Sabes una cosa? Lo siento mucho –dijo ella, indignada.

–¿Qué es lo que sientes?

–Siento no haber filtrado yo esa historia a la prensa. Si lo hubiera hecho, al menos tendrías una buena razón para que yo no te gustara. Y eso sería muy conveniente para ti, ¿verdad, Reece?

–No me gustas.

–Mientes. Te gusto. Y creo que tienes miedo porque sabes que te podría gustar aún más. Por eso te marchaste de la ciudad.

–¿De qué ciudad? –preguntó, divertido.

–Era una forma de hablar.

–¿Siempre te has considerado irresistible?

Ella rio.

–¿Irresistible? ¿Después de haber crecido con una hermana como Clare? No bromees.

–Clare es una jovencita. Tú eres una mujer.

–Reece...

Reece puso las manos sobre sus hombros y la miró.

–Hay algo en lo que tienes razón, Darcy. Una mujer como tú no tendría futuro con un hombre como yo.

–¿Una mujer como yo?

–Una mujer cálida, generosa, dulce...

–Si soy todo eso que dices, ¿por qué me besaste? –preguntó ella, con voz suave.

–Porque carezco de ética –respondió, mirándola con deseo–. Y porque tienes la boca más sensual del mundo.

–¿En serio?

–Sabes que sí.

Reece la besó entonces apasionadamente. Después, pasó un brazo por detrás de su cintura y la atrajo hacia él.

–No puedo darte lo que quieres, Darcy.

Ella negó con la cabeza, negándose a escucharlo, y lo besó a su vez.

–Pero puedes darme algunas de las cosas que quiero.

–Darcy, déjalo ya...

–¿Por que has dejado de besarme? –preguntó, enfadada.

–Porque tú no quieres que te bese. No tengo intención de casarme y ya has dicho que soy un saco de problemas emocionales. ¿Recuerdas?

–¿Y qué pasaría si a mí no me importara? ¿Qué pasaría si quisiera ser tu amante?

–No quieres serlo, Darcy.

–Sí quiero, pero también quiero que mantengamos una relación duradera y tú no estás dispuesto a eso.

–Es posible que tengas razón.

–Será mejor que te marches ahora. Hablaré con Jamie y le diré que te has tenido que marchar.

–Es un gran chico –dijo él, mientras caminaba hacia la puerta.

Sin embargo, antes de que pudiera marcharse, apareció la abuela de Darcy.

–Así que este es tu novio...

–Te presento a Reece Erskine, abuela. Pero no es mi novio. Reece, te presento a mi abuela.

–Encantado de conocerla, señora...

–Prue –respondió Prudence, mientras le estrechaba la mano–. Por la forma en la que un hombre estrecha la mano se pueden saber muchas cosas.

–Reece estaba a punto de marcharse, abuela.

–He leído el artículo que escribió en el *Economist*. Me pareció muy interesante –dijo la mujer–. Aunque creo que no era muy realista al afirmar que...

–Abuela... –protestó Darcy.

–Vamos, Darcy, no tengo ocasión muy a menudo de hablar con alguien con quien...

–Discúlpeme, Prue –la interrumpió Reece–, pero Darcy tiene razón. Debo marcharme. Conocerla ha sido un placer.

Cuando se marchó, Prudence preguntó a su nieta:

–¿Siempre es tan brusco?

–Solo cuando tiene que librarse del amor de mujeres estúpidas –respondió ella, antes de excusarse y desaparecer.

Capítulo 8

No te parece perfecto? –preguntó Clare, mientras miraba un traje azul de bebé.

–¿Pero te parece práctico? –preguntó Darcy.

Su hermanastra suspiró, exasperada, mientras Darcy comprobaba la etiqueta para ver si se podía lavar.

–Eso carece de importancia. Es lindo y voy a comprarlo.

–No sé, tal vez deberíamos comprar una de esas prendas tan bonitas...

–¿Bonitas? Prácticas, querrás decir. ¿Nunca haces nada totalmente frívolo, nada de lo que puedas arrepentirte?

Darcy se preguntó si enamorarse de un hombre inapropiado encajaría en aquella categoría.

–Está bien. Entonces actuemos de forma totalmente irresponsable y compremos el de color rosa con elefantes.

–¿Y si es niño?

–Crecerá culpando a sus hermanas mayores por lo que pueda pasar a lo largo de su vida.

–Ya que estás aquí, ¿por qué no vas a comprarte ese vestido que te gustaba?

–Porque nunca me lo pondría en público.

Clare la presionó hasta conseguir que entrara en la tienda y por fin se probó el vestido. Era negro y sencillo y Darcy pensó que la reacción de su hermana al verla solo era una forma de animarla. Además, no estaba dispuesta a ponerse una prenda que podía caber en su cartera.

–Si juegas bien tus cartas, no es el tipo de vestido que queda bien fuera de un dormitorio. Es perfecto para pases privados –dijo Clare, entre risas.

Darcy no quería pensar en ese tipo de cosas porque inmediatamente recordaba a Reece.

–Vamos a pagar.

–Estás cambiando de conversación, Darcy.

–Cierto. Y si queremos encontrar mesa para comer, será mejor que nos demos prisa.

Las calles de York estaban llenas de personas que hacían compras de última hora, pero incluso entre la multitud llamaban la atención. El hombre pertenecía al escaso grupo de personas a las que no se llevaban por delante en pleno bullicio callejero, y la mujer se beneficiaba de la invisible zona de exclusión que los rodeaba.

–Espera, vamos a comprobar la lista.

La mujer sacó la lista de compras y tachó algunos nombres.

–A mamá le encantará el regalo. Y le gustará aún más si vas a casa en Navidad –continuó ella.

–No me presiones, Kate.

–Tenía que intentarlo. Además, en este mundo pasan cosas aún más extrañas.

Kate pensó que lo que acababa de decir era tan cierto que su hermano le había pedido que lo ayudara, dos días antes de Navidad, a comprar regalos para la familia. El hecho de que quisiera comprarlos personalmente no solo era extraño: parecía milagroso.

Pero que hubiera elegido York para ir de compras la desconcertaba tanto como lo que había sucedido en su vida para que cambiara de ese modo. A fin de cuentas, él tenía más razones que nadie para detestar las navidades.

–¿Quién es Jamie? –preguntó.

–Un niño que conozco.

–¿Cuántos años tiene?

–No lo sé.

–¿No lo sabes?

–No, pero no tiene muchos.

–Sé que tú crees que me resulta fácil ir de compras, pero tienes que ayudarme un poco, Reece.

–Pensé que te gustaba comprar...

–Tal vez deberíamos detenernos a comer algo.

En aquel momento, Reece comenzó a andar mucho más deprisa, sin previo aviso. De no haber sido tan alto, su hermana lo habría perdido entre la multitud.

–¿Qué estás haciendo? ¿Adónde vas?

Entonces, Kate vio a una rubia impresionante con un vestido que obviamente era de diseño.

–Es muy atractiva –dijo–, si te gustan las rubias.

Obviamente, a su hermano le gustaban, porque no le hizo ningún caso y se dirigió directamente a ella.

–¿Pero qué haces? Este comportamiento no es normal en ti.

El asombro de Kate creció aún más cuando al llegar a la altura de la rubia no solo no se dirigió a ella sino que pasó a su lado y se detuvo junto a una niña que hasta entonces no había visto.

Cuando se acercó un poco más vio que la niña no era una niña sino una joven bastante atractiva, aunque en aquel momento tenía una expresión extraña, como si le hubiera gustado ser invisible. A Kate no le extrañó. Su hermano podía intimidar en ocasiones.

–Hola, Darcy, ¿cómo estás?

Kate observó la expresión de la joven y se maravilló. Tuvo la impresión de que se iba desmayar en cualquier momento.

–Qué sorpresa, Reece. ¿Qué tal estás?

–Bien –respondió, irritado–. No, miento. No estoy bien en absoluto.

–Bueno, pues no me mires de ese modo. No es culpa mía. No fui yo quien salió huyendo –dijo, mordiéndose el labio inferior.

Kate notó que la atractiva rubia que la acompañaba contemplaba la escena con tanta curiosidad como ella.

–Hola, soy Kate –dijo.

–Hola. Yo soy su hermana –dijo la rubia, mirando hacia la joven–. Me llamo Clare.

En aquel momento, Reece dijo a Darcy:

–Necesitaba verte. Tenía que verte.

–Pues ya lo has hecho, así que márchate. Si me sigues, llamaré a la policía. Vámonos, Clare.

–Darcy, no puedes marcharte –protestó él–. Tengo que hablar contigo.

–¿Hablar? ¿No temes que haga algo estúpido como ofrecerme a ti incondicionalmente? –preguntó con ironía.

Reece se quedó sin palabras, sin saber lo que decir.

–¿De qué quieres hablar? –preguntó ella–. No ha cambiado nada. Venga, Clare, vámonos.

Las dos mujeres se alejaron y Kate dijo:

–Reece, sería mejor que nos movamos de aquí. Estamos interrumpiendo el paso.

–Kate, ¿qué sabes de embarazos y de esas cosas?

–Bueno, he leído mucho y asistí a varias clases sobre maternidad en el colegio, pero... ¿No podrías ser más específico?

–¿Cuánto tiempo pasa antes de que una mujer esté segura de que se encuentra embarazada?

–Supongo que depende del ciclo, pero se puede saber perfectamente con una sencilla prueba. He oído que son muy exactas.

–Oh, Dios mío.

–¿Qué sucede, Reece?

–Las bolsas que llevaban. ¿No te has fijado? Estaban llenas de ropa de bebé.

–¿Y tú crees que el bebé podría ser tuyo? Oh, vamos, que alguien compre ropa de bebé no quiere decir que esté embarazada. Seguramente son regalos para alguien.

–¿Tanta ropa de bebé para una sola persona? Tengo que marcharme, Kate.

–Sabía que lo harías.

–Te veré más tarde.

Reece se dirigió directamente a la casa de los Alexander, pero no parecía haber nadie. Pensó esperar allí. Sin embargo, estaba demasiado alterado y prefirió conducir hacia el cercano pueblo por si encontraba a alguno de los miembros de la familia. Poco después de aparcar, encontró a los dos gemelos en el interior de la iglesia, así que entró y decidió esperar.

Pero en aquel momento se llevó una buena sorpresa. El coro subió al escenario y en mitad de sus integrantes pudo ver a Darcy.

–Has estado muy bien, Darcy.

–Creo que me voy a desmayar.

–Deberías tomar una copa.

–¿Una? Me vendrían bien varias. Y teniendo en cuenta que la culpa de que acabara en el escenario es tuya, tendrás que invitarme tú.

Adam Wells sonrió.

–Me parece bien. ¿Te encuentras mareada?

–No, ya no. Pero tendré que tomarme esa copa en otro momento. Mis padres me están esperando.

–No son los únicos que te esperan.

Darcy se volvió hacia el origen de la familiar voz, que apareció de las sombras.

–Tiene usted una voz excelente –dijo Adams–. ¿Cómo se llama?

–Reece Erskine.

–Encantado de conocerle. Yo soy Adams Wells.

Reece lo observó y pensó que era demasiado joven y atractivo para ser sacerdote.

–Hola, Darcy.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Me gusta la música.

–¿Has oído toda mi interpretación?

–Sí.

Darcy se estremeció. La idea de haber estado cantando ante él hacía que se sintiera ridículamente vulnerable.

–Reece piensa que tengo una voz horrible –dijo ella al cura.

–Estoy seguro de que eso no es cierto, Darcy.

–Bueno, es verdad que le falta potencia y profundidad y que...

–¿Lo ves? Te lo he dicho. Pero ¿desde cuándo eres crítico musical? –protestó ella.

Él no hizo ningún caso y siguió explicándose.

–A pesar de eso, has cantado como los ángeles –declaró Reece.

–¿En serio?

–Sí. Aunque no puedo ser muy objetivo en este caso.

–¿No?

–No. Hay momentos en la vida en los que un hombre debe admitir su derrota.

–¿Qué estás intentando decir, Reece?

Reece se acercó a ella y puso las manos en su cintura. Al ver la escena, el cura decidió alejarse.

–¿Quieres que le diga a tus padres que volverás sola a casa, Darcy?

Adam lo preguntó sin esperar respuesta, así que tampoco le importó cuando no obtuvo ninguna.

–Debiste habérmelo dicho –declaró entonces Reece.

–Te lo dije –observó ella.

–¿De qué estamos hablando?

–De que te amo y que llegué a pensar que podrías amarme, pero obviamente no es así.

–Pero debiste contarme lo del bebé.

–¿Cómo lo has sabido? ¿Te lo ha contado mi madre?

–¿Ella lo sabe? Me alegra que se lo hayas dicho.

–¿Que se lo haya dicho? –preguntó, extrañada–. No tenía que decírselo, tonto.

–Bueno, supongo que una madre nota esas cosas.

–Sí, al principio se sorprendió mucho pero ahora ya se ha acostumbrado a la idea.

–¿Y tú? ¿Cómo te sientes sabiendo que vas a ser madre?

–¿Qué has dicho?

–He preguntado que cómo te sientes. Yo también me sorprendí, pero ahora estoy encantado.

–¿Se puede saber de qué estás hablando, Reece?

–De ser padre, claro está.

–¿Crees que estoy embarazada?

–Claro, estamos hablando de eso. Tal vez deberías descansar un poco.

–No, creo que eres tú quien debería descansar. Me parece que te has equivocado.

–No es necesario que mientas, Darcy. He visto la ropa de bebé que has comprado.

–Reece, yo no estoy embarazada.

–¿Quieres decir que ha sido una falsa alarma?

–Quiero decir que nunca he estado embarazada. Estaba comprando ropa para mi madre. Está esperando un hijo.

–Entonces, tú no...

–No –confirmó.

–Pero pensé que... Bueno, supongo que saqué una conclusión apresurada –dijo, sorprendido.

–No te preocupes, no has sido el único. Yo he pensado que habías venido para decirme que me amabas –dijo con ironía–. Pero no me mires con esa cara de preocupación. No pienso aprovechar nada de lo que has dicho mientras creías que ibas a ser padre.

Aunque en realidad no has dicho gran cosa.

–He venido aquí porque te amo, Darcy.

–Oh, vamos, has venido porque pensabas que estaba embarazada.

–Sí, también por eso. Pero solo fue el catalizador.

–¿Quieres decir que habrías venido aunque hubieras sabido que no esperaba un niño?

–Tal vez no tan pronto, pero lo habría hecho.

–No te asustes, Reece, todavía no has dicho nada que pueda comprometerte. Y si te sientes mal, te aseguro que yo me siento aún peor.

–Escucha, Darcy, estoy hablando en serio. Cuando pensé que estabas embarazada, me sentí intensamente feliz. ¿No comprendes lo que eso significa?

–Sí, que quieres ser padre.

–Si fuera así, habría sido padre hace tiempo. Pero cuando mi esposa y el hijo que esperaba murieron, decidí que no lo sería nunca. Hasta hoy, estaba convencido de que era la última cosa que podía desear.

–Bien, supongo que soy parcialmente responsable de tu cambio de actitud hacia la paternidad.

–Deja de hablar así.

–¿De hablar cómo?

–Solo querría ser padre si tú fueras la madre –respondió lentamente, como si estuviera hablando con un niño.

–¿Y esperas que te crea?

–Por supuesto. Te amo, Darcy.

Reece avanzó hacia ella con intención de dejar las palabras a un lado y de demostrarle, en la práctica, que estaba siendo sincero.

–No me toques –dijo ella con vehemencia–. No me interesa lo que tengas que decir. Ni ahora, ni nunca.

Entonces, Darcy salió corriendo por el pasillo central de la iglesia y derribó un par de sillas a su paso.

Reece permaneció en el interior del recinto, pensando, mucho tiempo después de que la puerta se hubiera cerrado. Y cuando salió, ya había trazado un plan.

Capítulo 9

A ver si lo entiendo. Te ha dicho que te ama, ¿y tú te has marchado corriendo porque también lo amas? ¿Lo he entendido bien? –preguntó Clare.

A Darcy no le hizo gracia que su hermana se burlara de ella. Esperaba un poco de solidaridad.

–Está mintiendo –dijo.

–¿Cómo sabes que está mintiendo? Puede que hayas cometido un grave error.

Darcy se quitó la toalla que tenía sobre los hombros y avanzó hacia el cuarto de baño para quitarse la mascarilla que se había puesto y que para entonces ya estaba dura como el cemento.

–No deberías quitártela todavía. Si la dejas tan poco tiempo, no te hará efecto. Pero ¿qué me dices de Reece?

–¿Qué quieres que te diga de él? No debí contarte nada.

–Considera la posibilidad de que estuviera diciendo la verdad.

–Ya te he dicho que mintió. Lo dijo porque pensaba que estaba embarazada.

–Ya, y cuando le contaste que ibas a ser hermana en lugar de madre, te dijo que te quería. Pues no me parece que ese fuera el comportamiento normal de una persona que estuviera mintiendo. Vamos, Darcy, ¿estás ciega? Si realmente solo le importara el bebé, al saber que no estabas embarazada se habría marchado.

–Reece tiene mucho estilo. Y no me mires de ese modo. Cuando le dije que no iba a ser madre, se quedó devastado. Solo intentó animarme, nada más. Si estuviera enamorado de mí, me lo habría dicho antes.

–Tal vez no lo haya sabido hasta ahora.

–Te había tomado por una persona realista.

–Mira, Darcy, en este caso estoy haciendo de abogado del diablo porque si sigues con él me moriré de envidia, y si no sigues, es posible que me sienta tentada a... Bueno, supongo que no se podría decir que fuera un segundo plato si realmente no te ama.

–Qué lista eres –se burló–. ¿Y qué hay de la pelirroja?

–Es su hermana, ya te lo he dicho. Confiésalo. La idea de que yo pueda acostarme con tu hombre, te disgusta.

–No estoy de humor para juegos, Clare. Estoy enamorada de él, no es ningún secreto.

–Esto no es nada normal en ti, Darcy.

–¿De qué estás hablando?

–De que estás muy nerviosa. Es obvio que no estás segura de que no te ame. Se sincera. Deberías hacer algo para salir de dudas.

–¿Y qué propones que haga?

–Podrías ir a la vieja mansión y preguntárselo.

–¿Qué? –preguntó, dejando el cepillo con el que se estaba peinando.

–Está en la mansión, esperando.

–¡Esto ha sido un montaje! Maldita sea, ¿cuánto le ha costado? –preguntó, ofendida–. Oh, no quería decir eso, Clare, perdóname. Es que estoy muy alterada. Y dices que está en la vieja mansión...

–Sí. Te está esperando.

La puerta, decorada con una corona de Navidad, se abrió en cuanto Darcy puso la mano en ella. Estaba a punto de hacer lo más difícil que había hecho en toda su vida, pero caminó hacia el salón y entró.

Iba a anunciar su presencia, pero se quedó sin habla. Todo el lugar estaba decorado con motivos navideños, desde luces de colores a multitud de pequeños Papá Nöel, y el árbol era tan alto que pensó que debían de haberlo instalado con ayuda de un grupo de técnicos.

–Dios mío, ¿qué has hecho aquí?

–¿Te gusta? Es cortesía del tío Rick. Le compré todas las existencias –declaró Reece.

Su amante llevaba unos vaqueros oscuros y un jersey de cachemir. Se había subido las mangas y podía ver sus fuertes brazos.

Darcy intentó no concentrarse en la visión del atractivo individuo y miró de nuevo el árbol de Navidad. Era completamente incapaz de mirar a Reece sin desearlo.

–Veo que optaste por la teoría de que las grandes cantidades son siempre mejor.

–Más o menos.

–Pues te felicito. Ha funcionado.

–Ten en cuenta que he cambiado. Ya no huyo de nada. Ya no volveré a huir.

–Si intentas decirme algo, ¿por qué no lo haces directamente? No estás siendo precisamente claro.

–Intenté prepararlo todo para que la escena tuviera un gusto aún peor, pero por desgracia no conseguí encontrar un disfraz de Papá Nöel que me quedara bien. Y es una pena, porque había elegido un modelo con varios cierres de velcro estratégicamente situados. Al tirar de ellos, se caía todo el disfraz.

–Qué horror –dijo, entre risas.

–Era muy ingenioso –observó, mientras avanzaba hacia Darcy–. Pero me alegra que hayas venido.

–Clare puede ser muy persuasiva cuando quiere.

–Es una gran mujer.

–Y muy hermosa.

–¿En serio? No lo había notado –dijo, sonriendo–. Mira, Darcy, no estoy interesado en mujeres hermosas. Estoy interesado en ti.

Ella empezó a reír, pero su risa no sirvió para rebajar la tensión del ambiente.

–¿Empezamos de nuevo?

Darcy asintió.

–Estoy tan nervioso que no sé lo que digo.

–¿Estás nervioso?

–¿No me crees?

–No pensé que fueras tan...

–¿Humano? –preguntó–. Mi vida depende de que esto salga bien, así que creo que tengo derecho a estar nervioso.

–Entonces, tal vez deberías explicarte.

–¿No quieres sentarte?

Darcy negó con la cabeza.

–Dijiste que me amabas y yo salí corriendo. Después, te dije que te amaba y tú saliste corriendo. ¿Te has preguntado por lo que podría pasar si los dos lo dijéramos al mismo tiempo?

–No me gusta perder el tiempo con especulaciones sin sentido.

–A mí tampoco, corazón –dijo, con sonrisa de depredador–. Sé que reaccioné mal cuando me dijiste que me amabas, así que comprendo que actuaras con escepticismo cuando yo hice lo mismo. Pero lo importante es otra cosa.

–¿Qué cosa?

–Que si no hacemos algo vamos a arruinar nuestras vidas, Darcy, y no pienso permitir que hagas eso.

–Bueno, habla entonces. Te estoy escuchando.

–Fui a verte porque pensaba que estabas embarazada.

–Pero no lo estoy.

–Es cierto, pero sirvió para que viera las cosas con más claridad. Aceleró el proceso, por así decirlo.

–¿Qué proceso?

–El que me hizo ver que se puede tener la suerte de amar más de una vez. Además, Joanna está muerta.

–Se cómo murió, Reece.

–Fue terrible, Darcy. Estaba tan feliz con la idea de tener un niño… Y de repente, murió ante mí sin que pudiera hacer nada por ayudarla.

–Lo sé –dijo, mientras tomaba sus manos.

–Yo era su marido. Debía protegerla y no lo hice. Aquello fue demasiado para mí.

Darcy cerró los ojos y derramó una lágrima. Reece tenía heridas muy profundas, aunque en general no las enseñara.

–No quería volver a encontrarme en una posición en la que pudiera volver a fallar a una persona que amara. ¿Me entiendes? En realidad, estaba siendo muy arrogante. Intentaba controlarlo todo. Pero entonces apareciste tú y despertaste el amor en mí. Te odié por ello.

–Yo también me odié por ello.

–No quería creer lo que estaba pasando y cuando no tuve más opción que creerlo, me convencí de que no era la persona adecuada para ti. Sé que me comporté mal y lo siento, pero ahora quiero enmendar el error.

Reece se detuvo un instante antes de seguir hablando.

–Huir se convierte pronto en una costumbre. Y en cierto modo, la idea de que estabas embarazada me sirvió como excusa para no tener que pensar en la razón por la que quería estar contigo. Como

excusa para no enfrentarme a mis propios sentimientos. Nunca creí en el amor a primera vista. En el deseo a primera vista sí, claro, pero no en el amor. No fue así con Joanna... Oh, siento haber dicho eso.

–No lo sientas. Tienes un pasado, al igual que yo, pero lo que importa es el futuro.

–¿Quiere eso decir que...?

Ella apretó sus manos, pero enseguida se apartó para poder acariciar su cara. Reece hizo lo mismo y la mujer parpadeó.

–Cuando por fin te abres a los demás, lo haces a fondo –dijo ella.

–Supongo que te sentirás muy desilusionada...

–No seas tonto. Te estoy diciendo que te amo y no es la primera vez que lo hago. Pero te advierto que si reaccionas como la última vez...

Darcy no tuvo ocasión de terminar la frase, porque en aquel momento la miró con puro deseo y se inclinó sobre ella para besarla. Ella pasó los brazos alrededor de su cuello mientras él la levantaba para llevarla hacia la enorme cama que había comprado.

–Te amo –dijo él.

Darcy asintió y sintió que la acariciaba por debajo del jersey, descendiendo hacia su estómago.

–Dime que amas, Darcy.

–Yo...

En aquel instante, los dedos de Reece se cerraron sobre uno de sus pezones y Darcy olvidó lo que iba a decir.

–¿Sí?

–Yo...

Él le apartó el cabello de la cara y la besó en la punta de la nariz. Darcy sonrió, satisfecha, y supo que la amaba realmente.

–Ahora recuerdo lo que quería decir, Reece. Te amo.

–Me alegra mucho –dijo, con una sonrisa–. Solo espero que no lo olvides nunca.

–¿Qué harías si no lo recordara?

–Esto –respondió, quitándole el jersey–. Y esto.

El sostén de Darcy desapareció en menos de un segundo y el permaneció en silencio, contemplando sus bellos senos.

–¿No te parece una medida un poco drástica?

–No. ¿Quieres saber lo que es una medida drástica? Esto. Y

esto…

–Amenázame un poco más –susurró ella, mientras terminaba de desnudarla.

–¿Así?

Entonces, él apartó sus muslos y entró en su cuerpo.

–Sí, exactamente así –gimió Darcy, al sentirlo en su interior–. ¿Hay más?

Él rio.

–Tanto como quieras.

–Creo que debería marcharme –dijo Darcy un buen rato después–. Aunque no quiero hacerlo.

–Entonces, no te vayas.

–Me gustaría quedarme, pero tengo que hacer muchas cosas para mañana. Mi madre sufrirá un ataque si no la ayudo, y no quiero que se agobie demasiado.

Reece apartó las sábanas, exponiéndolos al frío aire.

–En ese caso, será mejor que te marches.

Darcy se puso de lado y se apoyó en un codo.

–¿Me estás expulsando de la cama?

–¿Prefieres que te haga una demostración de posesividad?

La mujer puso una mano sobre su pecho y jugueteó con su vello.

–Bueno, no estaría de más que hicieras algo que demuestre que me echarás de menos.

–No te echaré de menos porque pienso ir contigo.

–¿En serio?

–Sí, a no ser que tengas alguna objeción.

–¿Estás seguro?

–¿No quieres que te acompañe?

–Por supuesto que quiero que me acompañes –le aseguró, mientras admiraba su cuerpo de forma lasciva–. Pero no estaba segura de que realmente quisieras vivir una de nuestras típicas navidades familiares.

–Yo solo quiero estar a tu lado.

Había tanto amor en la mirada de Reece, que los ojos de Darcy se llenaron de lágrimas.

–Y yo solo quiero estar contigo.

–Entonces, vistámonos antes de que pillemos una pulmonía.

Reece se levantó de la cama y ella lo observó con detenimiento. Era evidente que él se sentía completamente seguro con su desnudez.

–Si quieres que nos marchemos, no hagas eso.

–Solo te estoy mirando.

–Estás haciendo algo más que mirarme. Me estás devorando con la mirada.

–Si no te gusta, vístete.

–Me vestiré, pero no porque no me guste.

Tardaron más tiempo del normal en vestirse porque varias de las prendas habían desaparecido. Por fin, encontraron las braguitas de color rosa de Darcy en el árbol de Navidad.

–Quedan tan bien donde están que quitarlas me parece una pena –dijo él.

–Creo que ya sé lo que te voy a comprar como regalo de Navidad. Lo recibirás un poco tarde, pero te gustará.

–¿Es un secreto? –preguntó.

–No, es un vestido.

–¿De mi talla? –rio.

–No, de la mía.

–Suena prometedor.

–Te va a encantar.

Él la miró de repente y dijo:

–Te amo.

–¿Sabes una cosa? Creo que voy a echar de menos este lugar –dijo, abrazándolo.

–No tendrás que echarlo de menos.

–¿Y eso? –preguntó, ausente, mientras frotaba su mejilla contra uno de sus brazos.

–He gastado tanto dinero en este lugar que creo que voy a comprarlo.

–¿Vas a comprarlo?

–Sí. Soy un hombre tan flexible como el que más, pero no quiero compartir habitación con los gemelos cada vez que vaya de visita a casa de tus padres.

–¿Y piensas visitarlos muy a menudo?

Darcy tuvo la impresión de que Reece había pensado bastante en

todo aquello.

–Es obvio que lo haremos cuando estemos casados. Y por mucho que me gusten tus hermanos, dudo que dormir a un bebé sea fácil si ellos están en la misma casa.

–¿Has dicho «cuando estemos casados»? –preguntó, asombrada.

–Sé que no lo hemos discutido, pero es obvio que si tenemos un niño...

–¿Un niño?

–Naturalmente, dejaría de trabajar un año o algo así para ayudarte con él.

–¿Puedo decir algo al respecto o ya lo tienes todo decidido?

–¿Es que no quieres tener hijos? –preguntó–. Bueno, no es un problema.

–¡Por supuesto que quiero tener hijos!

–¿De quién?

–¿Cómo que de quién? De ti, claro.

–Entonces, tendrás que casarte conmigo –dijo, sonriendo.

–Puede que la gente se case por esa razón, pero yo no soy así –dijo, con total convicción.

–Entonces, ¿por qué razón te casarías conmigo? –preguntó, mientras se metía las manos en los bolsillos.

–Me casaría con un hombre sin el que no pudiera vivir, con un hombre con el que quisiera compartirlo todo, con un hombre...

–Con un hombre como yo –la interrumpió.

–¿Eso es una afirmación o una pregunta?

–Eres una bruja. Durante un minuto, me has hecho dudar...

Ella lo miró y extendió una mano.

–¿Es un trato?

–No seas tonta –dijo, mientras la abrazaba–. Esto hay que sellarlo con un beso, no con un apretón de manos.

–Lástima. No tenemos muérdago para besarnos debajo de una rama.

–¿Quién lo necesita? –preguntó, mientras echaba la cabeza de su amada hacia atrás.

Darcy pensó que tenía razón y suspiró antes de dejarse llevar entre sus brazos.